

# CRISTIANDAD



Mientras un quieto silencio lo envolvía todo y llegaba la noche a la mitad de su carrera, tu omnipotente Palabra, dejando el trono real, vino a la tierra.

(Sap. 18, 15)

N.º 346 - AÑO XVI

DICIEMBRE 1959

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA  
DEVOCION A LOS SAGRADOS  
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

## SVMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
<b>EDITORIAL</b>		<b>IGLESIA DEL SILENCIO</b>	
<i>Los Concilios Ecuménicos</i> , por Roberto Cayuela, S. I.	463	<i>«Es indispensable superar la ideología religiosa mediante una activa propoganda materialista y atea.»</i>	
<b>NICEA: I CONCILIO ECUMÉNICO</b>		- <i>Crónica</i> , por A. Trabal . . . . .	484
<i>Clima religioso del siglo IV</i> , por M. <sup>a</sup> A. López Suñé.	466	<b>IN MEMORIAM</b>	
<i>Esquema histórico (De Constantino a Teodosio)</i> , por Javier Sanmartí . . . . .	470	<i>Mis recuerdos de dos viejos amigos de CRISTIANDAD</i> , por Luis Creus Vidal . . . . .	486
<i>La lucha por la ortodoxia</i> , por Francisco Canals Vidal, Catedrático de Filosofía . . . . .	472	<b>POLITICA</b>	
<b>IGLESIAS AFRICANAS</b>		<i>Crónica Internacional</i> , por Fernando Serrano . . . . .	487
<i>La Iglesia, los católicos y la ciudad temporal.</i> (De la Pastoral colectiva de la Jerarquía del Congo y Ruanda-Urundi), por J. B. B. . . . .	477	<b>ARTE</b>	
<i>Iglesias Hispánicas en Africa</i> . . . . .	481	<i>ENCUESTA sobre el valor religioso del arte moderno.</i>	488
<b>IGLESIAS IBEROAMERICANAS</b>		<i>Miró y el arte abstracto.</i> - <i>Ticiano y Venecia</i> , por Francisco Salvá Miquel . . . . .	490
<i>Discurso del Cardenal Mimmi en la clausura del I Decenio de la O. C. S. H. A.</i> (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana) . . . . .	482	<b>BIBLIOGRAFIA</b> . . . . .	491

## Los Concilios Ecuménicos y las Iglesias Cristianas

Ciclo de conferencias en SCHOLA CORDIS IESU

Enero 1960

**Día 18: ¿Iglesia o iglesias rusas?**

Dr. Alexis Marcoff Moriosoff  
ex-Consul General de Rusia

**Día 25: San Pablo y la grandeza del mundo romano**

P. Juan Manuel de Igartua, S. I.  
Director Nacional del A. de la O.

# LOS CONCILIOS ECUMENICOS

## Grandeza, sin par, humano-divina

Todo es soberanamente grande en la vida y en la historia de la Iglesia de Cristo. Es Ella juntamente estas tres cosas: el Reino de Dios en la tierra; el Cuerpo Místico de Cristo; y la Esposa del Divino Redentor. Y en este triple aspecto, o triple expresión de una misma única realidad, lleva la Iglesia el sello y carácter de grandeza que le imprimió el que siendo verdadero Dios y verdadero Hombre, perfecto Dios y perfecto Hombre, es su Fundador como Sociedad o Reino; es su Cabeza en cuanto Cuerpo Místico; y es su Esposo en cuanto Ella es la Esposa inmaculada y amadísima que Cristo se escogió para unirse con Ella en eterno desposorio.

Fundó Jesucristo una Sociedad religiosa, sobrenatural, visible, jerárquica y monárquica, para que en Ella se perpetuase su doctrina y su obra; es decir, la Religión que con divina revelación había enseñado, y la Redención con todos sus maravillosos frutos que El había realizado. Y esta, su Sociedad religiosa, fundada por El, fué designada por El mismo con el doble nombre de «su Iglesia» y «el Reino de Dios». Y así, el que es su Fundador, es su Rey eterno y Señor universal. Las perfecciones, pues, humanas y divinas del Fundador y del Rey habían de transmitirse y relumbrar perennemente en su Sociedad o Iglesia, y en su Reino. Y así ha sucedido.

Y quiso asimismo Jesucristo que su Iglesia fuese un Cuerpo Místico, del cual fuese El la Cabeza, y los hombres, una vez adheridos a El por la fe y el bautismo, los miembros vivos, que participasen de la vida misma de la Cabeza; y de este modo realizó aquel inefable designio del Padre Celestial, de restaurar todas las cosas en su Unigénito Hijo, hecho Hombre, Cristo-Jesús, asociándonos a todos nosotros a la obra salvadora y a la vida sobrenatural de Cristo, como miembros dichosísimos de su mismo Cuerpo Místico. Este designio es al que llama San Pablo el gran misterio de Dios, escondido en los siglos del Antiguo Testamento, revelado y realizado por Cristo, y explicado por el mismo gran Apóstol, principalmente en sus Epístolas a los fieles de Efeso y Colosos. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que las perfecciones humano-divinas de la Cabeza se difundan a todo el Cuerpo?

Mas como estas divinas y humanas realidades de la fundación de la Iglesia como Sociedad perfecta o Reino de Dios en la tierra, y de la constitución de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, son obras de amor, amor entrañable, amor de caridad humana y divina, amor con que Cristo amó a su Iglesia para unirse con Ella en íntimo desposorio, quiso ser El su Esposo, y que Ella fuese su Esposa; y por esto ordenó que, muerto ya en la Cruz, y traspasado su Costado y abierto su Corazón por la lanza del soldado, brotase y naciese la Iglesia, como nueva Eva, del Corazón del Nuevo Adán, hecha ya Esposa de El, y por lo mismo Madre nuestra. Nadie, por lo tanto, se habrá de admirar de que el Divino Esposo haya comunicado a su queridísima Esposa, como dote del desposorio, las perfecciones humanas y divinas de que El está maravillosamente enriquecido.

Casi veinte siglos la humanidad redimida, la que tiene ojos en el alma para contemplar tanta grandeza, está admirando, absorta ante tan incomparable magnificencia, las perfecciones humano-divinas que Cristo ha dado a su Reino, a su Cuerpo Místico, a su Esposa, es decir a la Iglesia.

Quizá ningún símil de cuantos nos ofrece la creación visible es tan apropiado para representarnos comparativamente la grandeza de la Iglesia que el del firmamento en noche serena. ¡Qué grandiosidad, qué belleza! Es un solo firmamento, y rodea toda la tierra, como envolviéndola en un manto inmenso de protección. Cuando con los ojos cansados de mirar las luces fugaces de las cosas terrenas, y con el ánimo agitado por la inquietud que como vaho molesto brota de todo lo de acá abajo, nos asomamos a una ventana, o subimos a una azotea, o nos remontamos a un altozano, y clavamos ansiosa la mirada en el firmamento de intenso azul, descansa el alma y aun el mismo cuerpo, respiramos libre y desahogadamente, y se aquieta nuestra agitación, como si aquella tranquila paz de lo alto descendiese a llenar nuestro espíritu. Así la Iglesia. Digo mal: no así, sino de una manera incomparablemente más hermosa y bienhechora. Ella sí que es el firmamento que nos cobija en la noche de nuestro peregrinar en la tierra; en la vista de ese firmamento sí que se llena el alma de paz y de dicha, como un pregusto de aquella dicha y de aquella paz que reina en lo que ese firmamento nos anuncia y nos significa: el cielo.

Pero si es tan soberana, la grandeza humano-divina de la Iglesia, como de un firmamento espiritual, bien podemos decir que así como en el firmamento terrestre lo que más nos admira es el conjunto de las constelaciones de astros brillantes que lo iluminan y hermocean, de semejante modo lo que más nos admira en el firmamento de la Historia de la Iglesia son las constelaciones variadas, radiantes y preciosas de sus Concilios Ecuménicos. Bien, pues, podemos decir de ellos que fulguran con brillo sin par entre las mismas grandezas humano-divinas de la Iglesia de Cristo.

Por ello, al estudiarlos, uno tras otro, en la trama complicada de las providenciales vicisitudes de cada uno, y después en su prodigioso conjunto, creo que nada como esta venerable sucesión de Asambleas Eclesiásticas nos da pie para entonar un canto de admiración y de amor a la gran Madre. Los contemplo en vista panorámica; y es una visión tan singularmente sublime, como de un drama en el que entran en escena cielos y tierra, lo más excelso del elemento divino de la Iglesia y lo más variado de su elemento humano, para terminar cada acto del grandioso drama con una victoria brillantísima de la verdad contra el error, de la sincera adhesión a Cristo contra los ardidés de la intriga de los que se dejan mover por el padre de la mentira, que mientras el alma queda llena de asombro, surgen del fondo de ella las voces de la gratitud y del amor para cantar un himno de gloria a la que siendo la gran Madre, es mi Madre.

Empero cuando me ponga a trasladar al papel la gran-

deza de aquella visión y la intimidad de aquel himno, me parece un empeño imposible, al menos para mi pequeñez; por lo cual se apodera de mi alma la pesadumbre y la tristeza de no hallar expresión adecuada para lo que el espíritu ve y el corazón canta.

Sin embargo, reaccionando contra esta depresión, pienso y digo: tanto mejor para los lectores de CRISTIANDAD, pues así, en vez de dárselo todo hecho, les ofrezco o les voy ofreciendo, en varios artículos, los elementos seguros con que ellos mismos pueden formarse las variadas magníficas escenas como de espiritual televisión que les presente, y como cosa dispuesta por su personal actividad, el panorama total o los panoramas parciales de las reuniones de altísimo nivel, en que la Iglesia se ha reunido para conservarse como su Divino Fundador la hizo y la quiso: Una, Santa, Católica y Apostólica. También en esto, como en tantas otras cosas, tiene optíma aplicación aquel fecundo principio de San Ignacio en su Libro de los Ejercicios: «no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internament» (2.<sup>a</sup> anotación de los 20 primeras). Por esto si las personas vulgares que tienen miedo al esfuerzo intelectual, rehuyen cuanto les ha de suponer trabajo de analizar los elementos y hacerse las síntesis; en cambio las personas ilustradas gustan de hacer por sí mismas ambas cosas, y ello les es incomparablemente más provechoso.

### Triple aspecto en el estudio de los concilios

Y lo primero que les interesará a los lectores de la Revista es saber el enfoque acertado y orientación segura para que a base de la insinuación de vista panorámica de los Concilios ecuménicos que estas líneas ofrecen, pueda cada uno por sí mismo, con mayor o menor amplitud, según su tiempo y demás circunstancias, formarse sus escenas como de televisión de todo el conjunto de los Concilios Universales y aun de cada Concilio en concreto.

Son tres los aspectos con que se los puede estudiar: el teológico, el canónico y el histórico.

Estudiar los Concilios teológicamente es proponer y dirigir, a la luz de la revelación divina, que se contiene en la Tradición de la Iglesia y en la Sagrada Escritura, estas graves y trascendentales cuestiones:

a) Lo que se requiere para que un Concilio sea en verdad Ecuménico o Universal; y sea legítimo, y no un conventículo o conciliábulo.

b) De las relaciones entre el Romano Pontífice y el Concilio Ecuménico; es decir, si tiene el Concilio supremacía sobre el Papa, o no la tiene.

c) El derecho del Romano Pontífice para convocar el Concilio, para presidirlo por sí mismo o por sus Legados, y para confirmar las decisiones del Concilio, de manera que sin esa confirmación, no sean válidas.

d) De la infalibilidad de los Concilios Ecuménicos.

Con el Código de Derecho Canónico en la mano se estudian los Concilios Ecuménicos según la disciplina de la Iglesia, en lo que Ella, ateniéndose inviolablemente a lo que es de derecho divino, o sea a lo que Cristo dejó inmutablemente establecido, puede determinar y ha determinado acerca de la convocación y presidencia de ellos; quiénes deben ser convocados; la obligación de asistir, o de enviar Procurador, o probar el impedimento para no ir y no enviarlo; qué cuestiones se pueden tratar, y en qué forma, etc.

Y en tercer lugar, la Historia de la Iglesia en general, la de los Concilios en especial, y la de cada uno de ellos concretamente, nos presenta la sucesión de ellos en la vida de la Iglesia con las relaciones mutuas entre unos y otros; y sobre cada uno de los Concilios, cuáles fueron los antecedentes remotos y próximos que dieron pie a su convocación; la celebración del Concilio con sus vicisitudes, polémicas, dificultades, resultados; y las consecuencias posteriores para la marcha de la Iglesia, y en especial para la conservación incólume de su Unidad y de su Santidad.

Y bien se ve que lo que más ilustra la mente y más llena y satisface al alma es fundir estos tres aspectos, armonizar todas estas cuestiones con el variadísimo tejido de la Historia, y así darnos cuenta de la grandeza sin par, humano-divina de los Concilios Ecuménicos. La misma naturaleza de una Revista, cual es la nuestra, pide que se entreen dichos aspectos, se iluminen unas cosas con la luz de otras, y así vayamos penetrando en el hondo y a la vez interesantísimo sentido, valor y trascendencia de los Concilios. Eso será, pues lo que intentaremos hacer en varios artículos; mas, no en forma de tratado didáctico, impropio de una Revista, sino tomando ya un Concilio, ya otro; y aun en cada uno de los más significativos para la hora presente, los datos históricos, las cuestiones de más vital interés, puesta siempre la vista, aun para esta selección de asuntos, en lo que el Pontífice Reinante nos ha manifestado como síntesis de sus anhelos y propósitos para el anunciado próximo Concilio: «... que toda la Iglesia obtenga un tan maravilloso reafirmarse, que el vigoroso florecimiento de todas las virtudes cristianas, que Nos de él esperamos, sirva de invitación y estímulo también para todos aquellos Nuestros hermanos e hijos, que están separados de esta Sede Apostólica». Así terminaba la reciente Encíclica del Papa sobre el rezo del Rosario; y así lo tienen los lectores de CRISTIANDAD, en el número de octubre de este año 1959, página 409, que se honra y engalana con las palabras del Vicario de Cristo.

Entretanto, bien podemos comenzar el himno de nuestra admiración y de nuestro amor a la gran Madre la Iglesia, acompañando con él la profesión de nuestra fe que por ser el fruto de los dos primeros Concilios se llama «Símbolo Niceno-Constantinopolitano», y se reza o canta en el Santo Sacrificio de la Misa los domingos y en otros días señalados: «Credo... et Unam, Sanctam, Catholicam et Apostolicam ECCLESIAM».

Roberto Cayuela, S. I.

# TABLA CRONOLOGICA DE LOS CONCILIOS

I. En Nicea de Bitinia. — I Niceno. — Año 325. — Papa: San Silvestre I. — Definición del dogma central del Cristianismo: la divinidad verdadera y propiamente tal de Jesucristo, por ser Hijo Unigénito de Dios, Consustancial con el Padre. — Condenación de la herejía contraria: la de Arrio.

II. En Constantinopla. — I Constantinopolitano. — Año 381. — San Dámaso. — Definición de la divinidad del Espíritu Santo; y con ello definición completa del mayor de los dogmas: el de la Agustísima Trinidad. — Condenación de la herejía opuesta: la de los macedonios.

III. En Efeso. — Efesino. — Año 431. — San Celestino I. — Definición del dogma de la única Persona, y ésta Divina, en Cristo; y del dogma de la Maternidad Divina de la Santísima Virgen María. — Condenación de la herejía opuesta: la de Nestorio.

IV. En Calcedonia. — Calcedonense. — Año 451. — San León I Magno. — Definición del dogma de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola Divina Persona en Cristo. — Condenación de la herejía contraria: la de Eutiques.

V. En Constantinopla. — II Constantinopolitano. — Año 553. — Vigilio. — Reafirmación de las definiciones de Efeso y Calcedonia; y condenación de los llamados «tres Capítulos» de los nestorianos.

VI. En Constantinopla. — III Constantinopolitano. — Años 680-681. — San Agatón. — Definición del dogma de las dos voluntades en Cristo. — Contra los monoteletas.

VII. En Nicea. — II Niceno. — Año 787. — Adriano I. — Definición del dogma de la licitud y santidad del culto de las Sagradas Imágenes. — Contra los iconoclastas.

VIII. En Constantinopla. — IV Constantinopolitano. — Años 869-870. — Adriano II. — Contra Focio y el Cisma oriental.

IX. En Lerán, Roma. — I Lateranense. — Año 1123. — Calixto II. — Contra las investiduras.

X. En Letrán. — III Lateranense. — Año 1179. — Alejandro III. — Fin de las luchas contra Federico Barbarroja; y contra los cátaros, albigenes y valdenses.

XI. En Letrán. — II Lateranense. — Año 1139. — Fin del cisma de Anacleto.

XII. En Letrán. — IV Lateranense. — Año 1215. — Inocencio III. — Transustanciación Eucarística; confesión y comunión anual.

XIII. En Lyon. — I Lugdunense. — Año 1245. — Inocencio IV. — Deposición del Emperador Federico II y en favor de la Cruzada.

XIV. En Lyon. — II Lugdunense. — Año 1274. — Gregorio X. — Reforma. Unión de los Cismáticos griegos.

XV. En Viena, de Francia. — Viennense. — Años 1311-1312. — Clemente V. — Condenación de diversos errores. Supresión de los Templarios.

XVI. En Constanza. — Constantiense. — Años 1415-1418. — Martín V. — Terminación del gran Cisma de Occidente. Condenación de Juan Hus.

XVII. En Florencia. — Florentino (iniciado en Basilea y después en Ferrara). — Años 1431-1437; y 1438-1442. — Eugenio IV. — Reforma eclesiástica. Unión con los Orientales.

XVIII. En Letrán. — V Lateranense. — Años 1512-1517. — Julio II y León X. — Contra el Concilio cismático de Pisa; condenación del averroísmo. Decretos de Reforma.

XIX. En Trento. — Tridentino. — Años 1545-1563, en tres etapas. — Paulo III, Julio III, Pío IV. — Definición del dogma católico contra los errores protestantes. Establecimiento de la verdadera Reforma de la Iglesia.

XX. En el Vaticano de Roma. — I Vaticano. — Años 1869-1870. — Pío IX. — Definición de la doctrina de la fe católica contra el racionalismo; y definición del Primado del Papa y de la Infallibilidad Pontificia.

No entra en esta lista un Concilio anterior a todos los demás, llamado el Concilio de Jerusalén, el más augusto de todos, pues lo formaron los Santos Apóstoles con varios Discípulos de ellos y aun del Señor, presididos por San Pedro, pero que no fue ni se puede llamar Ecuménico, pues no fue de toda la tierra habitada, sino reducido a una región. Se resolvió en él la cuestión vital de las relaciones entre Judaísmo y Cristianismo; y las palabras con que los Apóstoles encabezaron su decisión: «Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros» (Act. Ap., 15, 28), han sido la norma para que los Concilios Ecuménicos tuviesen la seguridad y el gozo de que contaban con la asistencia del Espíritu Santo.

El Concilio anunciado por el Papa Juan XXIII será, pues, el II Vaticano. (Véase nota pág. 471.)

# CLIMA RELIGIOSO DEL SIGLO IV

## «Libertad de cultos»

A raíz del edicto de Milán (313), edicto de tolerancia, de «libertad de cultos», entran en liza, a campo abierto y en el terreno de la dialéctica, de una parte las fuerzas espirituales del politeísmo romano entreveradas de las «religiones de salvación» que la vacuidad del culto oficial había introducido en el Imperio; los ritos supersticiosos de las «Provincias», y los sincretismos, que — con la aportación de reminiscencias de magia caldea, maniqueísmo persa, gnosis judía, etc. —, mixtificaban el helenismo cultivado por los intelectuales de las grandes ciudades de Oriente. De otra, el Cristianismo, nacido de la fe y tradiciones de un solo e insignificante pueblo que, sabiendo «elegido», orgullosa y celosamente guardóse incontaminado de los errores de Oriente y de Occidente.

En realidad, el Edicto de «libertad de cultos» sólo a esta religión afectaba — única hasta entonces proscrita —, y sólo en su favor se había proclamado. Con más o menos intensidad siempre había sido perseguida y calumniada. Por eso sorprendió a no pocos que desde el primer momento de su existencia «oficialmente» legítima apareciese sin ambages, no propiamente como un Estado dentro del Estado, pero sí como una sociedad «suprema y autónoma, con organización y jerarquía, sistema legal y burocrático, y normas específicas».

A partir de este momento que puede manifestarse tal cual es a la luz del día, su trayectoria es recta y luminosa. Consciente de la fuerza sobrenatural que lleva en sí, con sentido de continuidad histórica y solidaridad fraterna, ofrece a todos una visión religiosa amplia y universal en la que el destino individual de cada uno tiene sentido trascendente. Para ella son iguales «el judío y el griego, el libre y el esclavo» y con audacia inaudita presenta batalla, no sólo a todos los ideales espirituales del mundo antiguo, sino también a su *ethos* social. Le disputa, de momento, con certeza de obtener la victoria, el dominio ideológico y la estructura religiosa que han de tener las aún no nacidas naciones europeas.

Durante este siglo decisivo las fuerzas que tiene frente a sí están, en un sentido u otro, continuamente exacerbadas. La «tolerancia» oficial y el «favor» o «disfavor» de los Emperadores obra a modo de revulsivo que agita tanto los sentimientos religiosos como la casi universalidad de los intereses creados: desde el Emperador hasta el último cortesano; desde las restringidas y aristocráticas *élites* intelectuales, donde reside la fuerza de la civilización greco-latina, hasta los burócratas del Estado que se adhieren a sus empleos «como el crustáceo a la roca».

La batalla ha de librarse en dos frentes que en líneas generales y salvando las naturales excepciones, pueden llamarse de «Occidente» y de «Oriente».

En el frente «Occidental» se alinean aceptando francamente la batalla: El politeísmo estatal injertado de los cultos de «misterio» importados; los restos de las escuelas filosóficas de Epicureo y Zenón reducidos en esta época a unos

cuantos «andrajosos cínicos»; los mitos celtas, y los dioses bárbaros de la época preromana que aún subsisten en las «Provincias». Un frente dilatado y diverso; se comprende que la batalla ha de ser larga y difícil, pero no se dan en ella sorpresas traicioneras. Bástale al Cristianismo emplear adecuadamente, para obtener una victoria total, la catéquesis y la caridad.

En cambio el frente «Oriental» está lleno de asechanzas. La dificultad no procede de la masa rural, cristianizada casi desde la predicación evangélica y edificada con los sublimes ejemplos de los solitarios de la Tebaida, sino de los intelectuales, los filósofos y los retóricos que cultivan el helenismo introducido con los reinos de los diádocos. Estos, como sucedió al propio Alejandro Magno, habían sucumbido a la seducción de Oriente y llegado a un sincretismo que cristalizaba en un monoteísmo filosófico, cuya forma de culto era generalmente la del dios Sol-Helios-Mitra.

Por lo mismo, esa pléyade, generalmete de paráistos, no siéndoles ajena la idea del monoteísmo y las «ascensos» espirituales, sin entusiasmos y sin repugnancia, se habían «convertido» al Cristianismo «oficialmente» después del Edicto de Milán, siguiendo al Emperador.

Sin embargo, casi inmediatamente encontraron la expresión de su sentir efectivo en las fórmulas de Arrio — mediocre presbítero del Obispo Alejandro de Antioquía — dirigidas nada menos que a negar la divinidad de Jesucristo y de un modo implícito su capacidad para obrar la Redención. Como a pesar de tales errores, Arrio y sus secuaces, se llamaban «cristianos», los «helenistas convertidos» le prestaron en seguida su decidido apoyo, pues, escépticos en realidad, aceptaban mejor que Jesucristo viniese a ser un «demiurgo» afín a su platonismo semi-mágico, con la ventaja de que al mismo tiempo les permitía conservar el favor de la corte donde por entonces soplaban vientos favorables al Cristianismo.

También los Emperadores vieron muy pronto en las fórmulas de Arrio un modo más seguro de conservar su «divinidad» junto con las prerrogativas del pontificado supremo, y en sus tolerantes secuaces una mayor beligerancia para su absolutismo cesaropapista.

Por todas estas complejas razones los enemigos que el Cristianismo tenía en el frente «Oriental» eran mucho más peligrosos. En realidad constituían una «quinta columna», puesto que llamándose «cristianos» pretendían arruinar el Cristianismo en su mismo seno.

En este frente las batallas se libran en los Concilios. Los que contienden son muy pocos, pero arrastran tras de sí poblaciones y naciones enteras. Emperadores, filósofos y Obispos se acometen unas veces en forma solapada y otras abierta, por lo que la lucha es a veces artera e incruenta y a veces tiránica y épica.

La característica del conjunto es que entre las victorias parciales y sucesivas y el triunfo decisivo final se da la paradoja de que los casi siempre derrotados resultan vencedores en toda la línea.

El balance religioso del siglo da los siguientes e indiscutibles resultados:

La filosofía pagana decae hasta convertirse en magia.

La filosofía cristiana y las letras cristianas se elevan hasta las sublimidades de su Edad de Oro.

La psicosis del Imperio cambia radicalmente.

La "divinidad" del Emperador se convierte en un mito.

El poder y jurisdicción espiritual pasa a los Obispos.

En los primeros años, negarse a sacrificar al "genio del Emperador" era afirmar la propia sentencia de muerte con toda probabilidad en medio de refinadas torturas; hacia mitad del siglo, Hilario de Poitiers, Osio de Córdoba y el pueblo cristiano en masa, podía increpar y aun desafiar al Emperador" era firmar la propia sentencia de muerte con el final, la supremacía del poder eclesiástico sobre el poder civil en materia espiritual, es un hecho: El Obispo de Milán impone al Emperador Teodosio una penitencia pública, que el Emperador cumple humildemente.

Narramos algunos episodios y copiamos algunos fragmentos tomados de los autores contemporáneos — Eusebio, Lactancio, Amiano Marcelino, San Gregorio Nacianceno, Juliano el Apóstata, y otros — que por haber tomado parte activa en los acontecimientos pudieron captar con claridad y precisión el ambiente de la época.

### Lo que Constantino el Grande tuvo por «insignificante»

Constantino, según Eusebio, su historiador y panegirista, se creía "protegido e inspirado por el Dios de los Cristianos", y aunque hay razones muy poderosas para creer que obraba de buena fe, carecía en absoluto de sentido teológico, y tenía muy imperfecta, o acaso ninguna idea de lo sobrenatural. Sus convicciones fluctuaban alrededor de sus intereses políticos y el influjo de los consejeros que gozaban de su privanza, y éstos eran, naturalmente, los que mejor se acomodaban a sus deseos, pues se arriesgaban a perderla si como Osio de Córdoba tenían el valor de vituperar lo que hacía.

Esta falta de solidez en los principios religiosos del Emperador es causa principal de los vaivenes que iba a experimentar la recién liberada Iglesia de Jesucristo, a la que por otra parte quería proteger decididamente. El Edicto de Milán, de "libertad de cultos", personalmente, lo había convertido en edicto de "favor". Por su imperial voluntad eran restituidas a los cristianos todas las propiedades que les habían sido confiscadas; las *basílicas* romanas pasaban a ser iglesias del culto cristiano, y levantaba en Roma, en Jerusalén y en otras ciudades, magníficos edificios de nueva planta para dedicar a Jesucristo y a los Santos; todos ellos con exención de impuestos.

Dada esta manera de ser y lo satisfecho que estaba de la obra realizada, es fácil imaginar su contrariedad, asombro, incomprensión y "mal humor", al enterarse del aspecto imponente que habían adquirido las disputas teológicas provocadas por Arrio en Antioquía. Recibió la noticia precisamente cuando, vencido Licinio, había conseguido la unidad del Imperio y creía que, único Emperador y dada la su-

perioridad moral del Cristianismo, prestándole todo su apoyo podría fácilmente conseguir la unidad religiosa de todos sus súbditos.

De buena gana se hubiera zafado de la cuestión como lo hizo con los donatistas de África, pero la querrela había tomado unas proporciones que no era posible eludir.

Arrio se atrevía a sostener que hay un solo Dios increado y eterno; que el Verbo, el Hijo, es una "criatura", la más excelente, la más excelsa, y elevada sobre todas las otras criaturas que son obra Suya, entre las que incluye el Espíritu Santo, que es por lo tanto inferior a Él. Condenado por su Obispo Alejandro, pero protegido por elevados personajes, incluso eclesiásticos — los dos Eusebios, Obispos de Cesárea y Nicomedia, respectivamente —, además de los intelectuales y cortesanos a que hemos aludido, perdió todo control de sí mismo y lanzóse sin freno a las absurdas elucubraciones.

Preguntado en un Sínodo de Obispos egipcios si era posible que el "Hijo" se hubiera rebelado como Luzbel, rotundamente y sin vacilar, respondió: Sí.

Naturalmente, fue expulsado, pero no se arredró. Al contrario, para enaltecerse y hacer prosélitos todos los medios le parecían lícitos. Empleó incluso el sistema de repartir entre los descargadores del puerto de Alejandría y la rada de Éfeso "octavillas" en las que hacía propaganda de las "luces" con que Dios le distinguía. Una de las que se conserva dice así:

"Según la fe del elegido de Dios — que comprendía a Dios según la fe de sus santos — los hijos de los ortodoxos — que han recibido su espíritu — esto es lo que yo he aprendido. — Yo que he sufrido tanto — Yo, que he recibido de Dios la sabiduría y el conocimiento....."

Éstas, y otras parecidas eran tarareadas como se hace actualmente con los estribillos de las zarzuelas populares, por griegos, italianos, sirios, libios, sicilianos, etíopes, árabes, bactrianos, escitas, indúes, persas y gentes de todos los países que formaban la abigarrada multitud de las grandes ciudades cosmopolitas de Oriente.

Ahora causa extrañeza comprobar cómo el pueblo se apasionaba por el tema teológico. En el puerto, en los mercados, en los talleres, en el teatro, en los baños, en la bolsa, en las calles, hombres y mujeres y hasta chiquillos venían a las manos discutiendo con ardor si tenía razón Arrio o su Obispo. No se oía otra cosa como había de hacer notar más tarde San Gregorio Nacianceno: "Si preguntáis a un mercader cuánto pide por su mercancía, os responderá si creéis que el Hijo fue engendrado o no engendrado; el panadero os dice: el Hijo es subordinado al Padre. Y si mandáis al criado que os caliente el baño, replica que el Hijo fue creado de la nada..."

Que el objeto de la controversia desbordaba la capacidad sobrenatural del Emperador se deduce claramente de su reacción ante el tremendo problema planteado:

"¡Ay de mí! — escribe a los contendientes —. ¡Qué herida me ha causado en el corazón oír las querellas que os dividen!"... Investigando la causa de estas discusiones encontré que era un asunto insignificante y enteramente des-

proporcionado el de esta controversia; porque vos, Obispo Alejandro, preguntáis a vuestros presbíteros lo que piensan acerca de un pasaje de la Escritura Santa, o sobre *cuestiones tontas*; y vos, Arrio, sin ningún respeto, lanzáis ideas que nunca debíais haber pensado, o si las pensasteis, debíais haber callado...”

¡La divinidad de Jesucristo, era, para “el protegido del Dios de los Cristianos” un *asunto insignificante*...!

Aconsejado por Osio, que gozaba por entonces de su favor, zanjóse el asunto porque Constantino convocó el Concilio de Nicea donde secundó y confirmó el anatema lanzado contra Arrio. Pero Osio perdió presto la privanza imperial — al parecer porque no estuvo conforme con la ejecución del príncipe Crispo y la Empeartriz Fausta ordenados por Constantino —, siendo substituido por Eusebio de Cesarea, partidario de Arrio, de moral más acomodaticia. Este se puso inmediatamente al frente del grupo arriano y las consecuencias no se hicieron esperar.

Explotando el escaso discernimiento espiritual del Emperador y su deseo de unidad, le tendieron un lazo. Arrio le escribió mostrando deseos de conciliación. Junto con los dos Eusebios, compusieron una fórmula de fe arriana, pero en términos equívocos, cuyo alcance escapaba a la comprensión de Constantino. Atanasio, campeón de la fe nicena, conoció inmediatamente la trampa y se negó a aceptarla. Constantino, irritado por lo que juzgaba una intransigencia exagerada, haciendo uso de sus poderes de Pontífice Máximo reunió en Tiro un nuevo Concilio y decidió por sí mismo. Suscribió la fórmula arriana y la rubricó, destruyendo a Atanasio.

De esta manera Constantino el Grande, que en su arco de triunfo se llama “Vencedor por inspiración de la Divinidad” y en un edicto dirigido a los de Palestina afirma que “Dios le había escogido para difundir el Cristianismo y con ello salvar el Imperio”, deja a su muerte, vivo, potente, y ya a la luz, el germen de la herejía.

### «Su eternidad» el Emperador Constancio

Hay que tener en cuenta que aun cuando el número de cristianos había ido siempre en aumento a partir de la predicación apostólica, y dado pruebas de vitalidad extraordinaria al superar la tremenda prueba de las “persecuciones” que durante los tres primeros siglos de nuestra era salpican con manchas sangrientas la historia del Imperio Romano, todavía, en el primer tercio del siglo IV, la gran masa de población, especialmente en Occidente, continuaba siendo pagana. Gozaba, igualmente que los cristianos, el beneficio de libertad de cultos y su gran mayoría, por ser como los filósofos y los itnelectuales prácticamente escépticos, o simplemente por inercia, seguían las costumbres tradicionales, especialmente el culto al Emperador y los juegos circenses.

En la dedicación de Constantinopla, ciudad que Constantino fundó y quiso netamente cristiana, no se omitieron los cultos al Sol ni la consagración pagana a la que asistió el complaciente Obispo arriano Eusebio, y oficiaron Zósimo y el hierofante Pretextato. En cuanto a los juegos

de circo, sus repetidas prohibiciones indican la ineficacia de las mismas.

El Emperador, por su parte, continuaba aceptando tranquilamente el título y los honores de “divino” que le daban sus súbditos no cristianos. Lo único que había suprimido eran los “sacrificios” sangrientos en “sus templos”.

Sin embargo, es esta masa inerte y escéptica la que va ganando para sí el Cristianismo, a despecho de las escisiones provocadas por la herejía triunfante en las altas esferas gubernamentales. Y en el decurso de este siglo, prácticamente, acaba por asumirla. Sin reconocer la fuerza sobrenatural de la gracia, el modo evidente con que se apodera del sentir colectivo sería inexplicable.

Cuando el Emperador Constancio, arriano convencido desde el primer momento, en parte por contemporizar con su hermano Constante, cristiano fervoroso, y en parte para iniciar su política de hipócrita atracción de los Obispos adversarios de Arrio, que con tanta valentía le echa en cara Hilario de Poitiers, permitió a San Atanasio volver a su Sede de Alejandría, la explosión de júbilo general y los efectos espirituales que produjo parecen increíbles:

“... No sólo el pueblo, sino los Obispos de Egipto y ambas Libias alegrábanse de ver vivo al amigo... las doncellas que estaban destinadas al matrimonio, consagraban a Jesucristo su virginidad, muchos mancebos abrazaron la vida monástica, los padres excitaban a ello a sus hijos; los esposos recíprocamente se persuadían a dedicarse a la oración; la caridad se aplicaba a remediar a los huérfanos y a las viudas; la emulación a la virtud era tal que cada casa parecía una iglesia dedicada a la oración”.

Pero al morir Constante (liberado de posibles competidores en el poder por el expeditivo procedimiento del asesinato, siete en total entre tíos y primos), Constancio fue único Emperador, y convencido de que sus astutas maniobras no engañaban a los Obispos fieles a la fe de Nicea (Véase un breve fragmento de Hilario de Poitiers en este mismo número de CRISTIANIDAD), exasperado por su fracaso y avaro de las prerrogativas anexas hasta entonces a la púrpura imperial (no reconocidas por el cristianismo), sobrepasó hasta el máximo los defectos de su padre Constantino, que a pesar de las fallas tiene en el conjunto de su actuación innegables grandezas.

Constancio no se contentó con ser “divino” para sus súbditos, quiso ser “eterno”. Encabezaba sus Edictos nombrándose “Nuestra Eternidad” y se presentaba como un ídolo, inmóvil, escandalosamente embadurnada con “purpurísima”, espuma de rosa sacada de las cáscaras de púrpura en ebullición, con la dalmática imperial de púrpura amatista cuajada de pedrería centelleante, el cetro en la mano derecha y en la izquierda el globo imperial rematado por un cruz. Conformándose con sus deseos, los serviles Obispos arrianos le reconocían teóricamente “eterno”, atribuyendo al ridículo Emperador el título que negaban a Jesucristo.

Fanático religioso, mandó poner cruces de esmalte y el monograma de Cristo en todos los objetos de su casa y de su uso, por insignificantes que fueran, incluso en la lima

## NICEA: I CONCILIO ECUMENICO

de las uñas y los botes de cosméticos; dedicaba a las oraciones un tiempo determinado, repitiendo monótonamente oración tras oración, y hacía todos los días un número también determinado de genuflexiones ante el Lábaro de Constantino que constantemente tenía al pie de su lecho. También se creía un profeta, y quería a toda costa la unidad de religión en su imperio, de modo que no transigía ni con el paagnismo ni con el cristianismo. La fe imperial había de ser la del pueblo todo y la única fe que se conformaba con su "eternidad" era la arriana; por lo tanto, los arrianos podían impunemente obrar a su antojo para imponer sus creencias.

De este modo, mediado el siglo, aun cuando ya la mayoría del pueblo fuera cristiano, las iglesias estaban en poder de los herejes que tenían carta blanca para coaccionar a cristianos y paganos, aunque las represalias y coacciones se dirigían siempre contra los cristianos.

Impunemente, con la salvaguarda imperial, "...a los que no querían recibir el sacramento en las iglesias heréticas, les abrían la boca con pinzas de madera y a viva fuerza se les introducía la hostia. En Constantinopla, en la iglesia de los Santos Apóstoles, hubo una lucha tan terrible entre arrianos y ortodoxos que la sangre corría por las gradas del tabernáculo..., en Alejandría, el gobernador había hecho azotar a una porción de vírgenes cristianas con ramas de palmera, algunas de las cuales sucumbieron...", y también en todas partes, pero especialmente en Oriente, damas de elevada posición, incluso princesas imperiales, partidarias del arrianismo contemplaban impávidas estas escenas y se llamaban a sí mismas también "vírgenes cristianas".

Sin embargo, los cristianos, aunque perseguidos, ya no eran la secta proscrita. Constituían una potencia que se enfrentaba con el Estado. Había pasado el tiempo en que se les llamaba "adoradores de una cabeza de asno" y se les creía infanticidas y caníbales como en los primeros siglos. Ahora el mismo Emperador les temía, y ante la admonición de los Obispos tenía que callar.

Cuando Constancio convencido de que el truco de los halagos no tenía eficacia con los defensores de la fe de Nicea, reunió el Concilio de Milán para deponer de nuevo a Atanasio su más valiente adalid, "temiendo el juicio del pueblo, pasaron a palacio" y sólo allí, amparado por la guardia imperial se atrevió a decir: "Lo que yo mando es lo verdadero. Los Obispos de Asia encuentran bien lo que yo hago. Vosotros lo habéis de aceptar, y si no lo hacéis seréis desterrados". Por lo tanto no les dejaba opción.

Sin embargo, la guardia imperial que pudo defenderle de un posible ataque del pueblo no pudo impedir que con toda valentía se le opusieran, le reclamasen abiertamente el poder espiritual que ejercía sin derecho y rechazan la idea de su "eternidad". El Obispo de Córdoba, que le escribe:

"Osio al Emperador Constancio: Acordaos que sois hombre mortal; temed el juicio de Dios; no os mezcléis en los asuntos eclesiásticos; no pretendáis darnos órdenes, recibidlas más bien de nosotros... Creedme Constancio a mí toca escribiros así, y a vos no menospreciarlo. Yo no fraternizo con los arrianos, sino que anatematizo su herejía. Jamás escribiré contra Atanasio... Deteneos, no escuchéis a los malvados... el día del juicio sólo vos tendréis que defenderos..."

Pero el Emperador creyendo, o queriendo creerse, que "como profeta había recibido en sueños la orden de hacer lo que hacía", convocaba Concilio tras Concilio, reclutando con fórmulas capciosas ya un Obispo ya otro y desterrando a los que se resistían.

Los Obispos desterrados propagaban en el destierro la fe de Nicea y mientras los verdaderos cristianos aumentaban por todas partes, la política capciosa, que había dejado de tener las estridencias de Arrio aunque conservaba toda su malicia, fue tendiendo sus redes entre los que tenían voto en los Concilios hasta el punto de que, aunque Atanasio transigió hasta el límite en su actitud conciliadora, llegó un momento en que el triunfo del arrianismo "oficialmente" puede decirse que fue completo.

M.ª Asunción LÓPEZ SUÑÉ

(Continuará)

### PASÓ AL FIN EL TIEMPO DE CALLAR...

«Pasó al fin el tiempo de callar....»

»Quisiera haber vivido en tiempos de Decio y de Nerón. Inflamado por el Espíritu Santo, sostenido por la misericordia de Dios, me hubiera reído de la tortura y del fuego, y ni la cruz misma me hubiera aterrado. Mas he aquí que ahora combatimos contra un perseguidor disfrazado, contra un enemigo que nos acaricia, el Anticristo Constancio. No nos condena para hacernos nacer a la vida; nos enriquece para llevarnos a la muerte. No nos encierra para hacernos libres, nos honra en su palacio para esclavizarnos; no corta nuestra cabeza con la espada, mata nuestra alma con oro. Reprime la idolatría para que no haya cristianos; honra a los sacerdotes para que no haya Obispos; edifica iglesias para demoler la fe.

»Yo te declaro, ¡oh Constancio!, lo que hubiera dicho a Nerón. Decio y Maximiano: Combates contra Dios, eres rebelde contra su Iglesia, persigues a los Santos, odias a los que predicán a Cristo, arruinas la religión; eres un tirano, no de las cosas humanas, sino de las cosas de Dios.»

(San Hilario de Poitiers al Emperador Constantino)

# ESQUEMA HISTORICO

## (El Imperio Romano desde Constantino a Teodosio)

### *El Imperio romano a la muerte de Constantio Cloro*

Cuando Constantino recibió la púrpura para el gobierno de la Galia, España y Britania de manos de su padre moribundo, Constantio Cloro (año 306), la situación del Imperio Romano era la siguiente: en Oriente, Galerio tenía el cargo de Augusto, y eligió para el de César a un sobrino suyo, Daza. En Occidente, Severo, instrumento de Galerio, reinaba en Italia, África y Panonia.

El asesinato de Severo por Majencio, hijo de Maximiano Hércules, fue un fracaso para la política del Augusto de Oriente. De este modo el Occidente se escapaba de su dominio.

### *Los emperadores frente al Cristianismo*

Constantino siguió la misma actitud de tolerancia que su padre había tenido, mientras que Majencio se hizo odioso por su vida privada y por sus intromisiones en la Iglesia, al expulsar de Roma al Papa Marcelo por una división que hubo en el seno de la Iglesia, y más tarde, por la misma causa, a Eusebio, sucesor de Marcelo.

En Oriente seguía la persecución contra los cristianos, alentada por Galerio, que encontró en Maximino Daza un buen auxiliar.

Pero en abril de 311 Galerio, posiblemente influido por Licinio, su hombre de confianza, publica un edicto por el que da fin a la persecución iniciada por Diocleciano en 303. Este edicto fue firmado por Galerio, Constantino y Licinio. Majencio era tenido por usurpador y Daza no quería unirse a la política de tolerancia.

Muerto Galerio subió al poder Licinio.

### *Unificación del Occidente por Constantino*

En el Imperio se forman dos alianzas más o menos tácitas: Constantino y Licinio; Maximino Daza y Majencio.

Constantino, segura su espalda por la vigilancia de Licinio, ataca a Majencio con motivo de unas ofensas que le fueron inferidas. Ocupa la Alta Italia, entra en Milán, la capital de Occidente, y marcha hacia Roma.

Constantino acampó frente al puente Milvio. El día anterior al combate dijo haber tenido una visión y decidió poner el ejército bajo la protección de la Cruz. Al día siguiente entabló combate. Majencio estaba en Roma, cuando estalla un motín aclamando a Constantino victorioso. Parte para el campo de batalla, donde es derrotado. En la retirada muere aho-

gado en el Tíber (28 de octubre de 312).

Constantino entró en Roma como libertador y el Senado le concedió el título de Máximo, que Daza se atribuía. Permaneció en la Ciudad Eterna hasta principios de invierno, en que se dirigió a Milán, donde se encontró con Licinio para celebrar la boda de éste con Constanca, hermana de Constantino.

### *Edicto de Milán*

Durante este encuentro es cuando se firmó el Edicto de Milán, hacia febrero de 313. Por este edicto se permitía a los cristianos el libre ejercicio de su religión y se les devolvían los bienes confiscados. A estos favores se añadieron otros muchos, como la exención de tributos de los bienes eclesiásticos; se suprimió la pena de muerte en cruz y los juegos de gladiadores.

### *Licinio derrotado a Maximino Daza*

Licinio tuvo que partir para sus estados amenazados por Maximino. Reunió sus tropas y presentó batalla. Maximino, derrotado en Adrianópolis, se retiró al Taurus, de donde fue expulsado. Cercado en Tarso, se envenenó para no caer en manos de su rival.

### *Constantino, señor de todo el Imperio*

De este modo el poder quedó reparado entre Licinio y Constantino. Pero esto no duró. Con motivo de unas profanaciones hechas a unas estatuas de Constantino, estalló la contienda. Licinio fue vencido en Cibalae de Panonia y más tarde en Adrianópolis, y tuvo que ceder la Iliria (314).

En el año 320 se inicia en Oriente una persecución contra los cristianos. Licinio se había adherido al edicto de Milán por motivos políticos y no por propio convencimiento. La persecución se inició con una actitud de hostilidad y terminó por modo cruento.

En estas condiciones, la guerra de Constantino contra Licinio tiene cierto aspecto de guerra de religión, puesto que el Augusto de Occidente se puso plenamente al lado de los cristianos.

Vencedor Constantino en Adrianópolis y en Crisópolis de Bitinia, quedó dueño de todo el Imperio Romano (323).

### *El arrianismo y el concilio de Nicea*

Al quedar solo en el poder, Constantino se encontró con una terrible escisión en la Iglesia: el arrianismo. Quiso evitar que sus súbditos se di-

vidieran por una causa *sin importancia para él*, que no la comprendía.

Para procurar un remedio tuvo o apoyó la idea de un concilio ecuménico. Hizo todo lo que estaba en sus manos. Invitó a los obispos a acudir a él, y para facilitarles el viaje les concedió el *cursum publicus* (325).

Se eligió como sede la ciudad de Nicea, por estar entre Oriente y Occidente y por su proximidad a Nicomedia, la capital del Imperio, para que Constantino pudiera asistir a las reuniones.

De ningún modo el Emperador presionó para que se llegara a una determinada solución, sino que esperó la definición del Concilio y luego intervino para conducir la oposición a la reducción.

### *Las vicennalia de Constantino*

Al año siguiente Constantino celebró las *vicennalia* por los veinte años de reinado. Un crimen manchó estas fiestas: Fausta aborrecía a Crispo, hijo de Constantino y Minervina, su primera esposa. Fausta acusó a él y a su primo Liciniano de conspirar contra el Emperador. Éste los hizo ajusticiar, pero entonces la Emperatriz Elena, madre de Constantino, le reveló la intriga. El Emperador hizo ahogar a su esposa Fausta en un baño caliente.

### *Fundación de Constantinopla*

A raíz de esta tragedia aparecieron en Roma unos mordaces epigramas contra el Emperador. Esto, junto a otras razones políticas y estratégicas, como el estar lejos de las fronteras de Persia y del Danubio y el ser Roma sede del antiguo paganismo y recordar las tradiciones republicanas, decidió a fundar una nueva capital. Escogió a la antigua Bizancio, por convenir a sus fines.

Con el cambio de capital hubo una mutación en la sociedad: la nobleza de la sangre fue sustituida por la de los cargos. El nombre de ciudadano cambió por el de súbdito y el Imperio se hizo propiedad del Emperador. Roma había alcanzado su gloria por sí misma luchando contra todo el mundo, Constantinopla era producto del poder de un hombre.

### *Últimos años de la vida de Constantino*

Constantino encaminó sus últimos años a mantener la paz de la Iglesia y tuvo cuidado de salvaguardar la fe de Nicea.

En el 337 organizó una expedición contra Sapor II, rey de los persas.

Aquejado por una enfermedad, sintió la proximidad de la muerte y se hizo bautizar por Eusebio de Nicomedia. Murió el 22 de marzo de 337.

#### *Testamento y sucesión de Constantino*

En su testamento dividía el Imperio entre sus hijos y dos de sus sobrinos: Constantino II recibió la Galia, España y Britania; Constancio, el Oriente; Constante, Italia, África y la Iliria occidental; Dalmacio, la Iliria oriental, Tracia, Macedonia y Grecia, y Annibaliano, el reino del Ponto con Capadocia y Armenia.

Pero el testamento no fue aceptado, y todos los parientes varones de Constantino, excepto Galo y Juliano, hijos de Julio Constante, fueron asesinados.

Constancio y Constantino se quedaron con sus provincias y dejaron a Constante las vacantes por la muerte de Dalmacio. Se estipuló que Constantino II practicaría una especie de tutela sobre su joven hermano Constante. Pero duró poco. Tres años después estalló una guerra entre ambos hermanos y Constantino II murió en una emboscada (340). Sus dominios pasaron a Constante.

En el 337 Constantino II levantó el destierro de San Atanasio que le impuso Constantino el Grande. Mientras que Constantino II no será bautizado hasta el momento de su muerte, Constante estaba ya bautizado y Atanasio alaba su piedad y generosidad y Osio

su prudencia en no intervenir en los juicios eclesiásticos.

#### *Campañas de Constante*

Durante los diez años de reinado de Constante (340-350) hubo paz. Solamente en el 341 los francos invadieron la Galia. El Augusto pactó con ellos una paz y una alianza. Más tarde realizó unas campañas contra los pictos y los escotos en Britania.

#### *Guerras contra los persas*

Sapor II intentó recuperar la Mesopotamia y puso cerco a Nisbis. Mientras tanto en Armenia moría Tiridates, cristiano. El partido pagano se excitó, expulsó a Cosroes, hijo del rey, y ofreció el país a los persas. Los cristianos advirtieron esto, llamaron a Constancio que restableció a Cosroes, que no tenía las cualidades de su padre (342).

Los persas lanzaron todas sus fuerzas contra los romanos y los vencieron en Singara (348). Poco después los masagetas invadieron el Imperio persa y Sapor tuvo que retirarse al Oxus para defender su reino.

#### *Caída de Constante*

En el 350 estalló en Autun un levantamiento militar contra Constante y el conde Magnencio fue proclamado Augusto por las tropas. Constante tuvo que huir y fue muerto en la antigua Iliberis. Poco después en Sir-

mium un viejo general, Vetrano, se proclamó emperador, mientras que en Roma lo era Nepotiano, nieto de Constancio Cloro. Nepotiano fue muerto en un combate contra Magnencio, y Vetrano, abandonado por los suyos, pactó con Constancio y pasó el resto de su vida en Brussa de Bitinia.

Tres años después Magnencio fue derrotado después de duras campañas y se suicidó (353).

#### *Constancio protector del arrianismo*

Con la muerte de Constante se rompió una especie de equilibrio que había entre los dos hermanos. La actitud católica de Constante contrapesaba la arriana de Constancio.

Al quedar éste dueño de todo el Imperio, pudo realizar una política de persecución contra los ortodoxos. Por medio de amenazas y por la elocuencia de Valente de Mursa consiguió la condena de Atanasio en el Concilio de Arlés. El Papa Liberio, sucesor de San Julio I, opuso tenaz resistencia a la acción de Constancio y fue desterrado de Roma. En Occidente sólo quedaba un defensor de talla de la fe de Nicea, Osio. También él fue desterrado por no querer firmar la condena de San Atanasio.

Gracias al apoyo imperial los arrianos se hicieron con muchas cátedras episcopales de Occidente y los ortodoxos fueron desterrados o tuvieron que huir para evitar malos tratos.

JAVIER SANMARTÍ

(Continuará)

(Viene de la pág. 465)

NOTA. — Referencias útiles para fuentes de información.

Será, sin duda, del agrado de los ilustrados y queridos lectores de CRISTIANDAD saber dónde pueden completar sus conocimientos sobre los Concilios Ecuménicos e irse así formando una visión personal y completa de ellos. No es mi intento dar una extensa nota bibliográfica, sino tan sólo ofrecer la indicación de algunas pocas obras, que por ser en nuestra lengua y estar a la mano de todos, o ser de muy fácil adquisición, pueden ser singularmente aptas para el objeto; obras, por otra parte, de plena seguridad.

1.º Y, ante todo, como información de primer orden, la obra «El Magisterio de la Iglesia. Manual de los Símbolos, Definiciones y Declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres», de Enrique Denzinger; versión directa de los textos originales por Daniel Ruiz Bueno; Editorial Herder, Barcelona, 1955. En este libro de oro tiene el lector reunidos, después de los Símbolos de nuestra fe, los Documentos de los Romanos Pontífices y de los Concilios.

2.º Después de esta obra fundamental, el excelente libro «Breve Historia de los Concilios», por Hubert Jedin, Profesor católico de la Universidad de Bonn, prestigioso investigador de la Historia de la Iglesia, especialmente en lo que se refiere a los Concilios. Se recomienda por su brevedad, lucidez y espíritu de síntesis de muchas obras.

3.º También sumamente recomendable la «Historia de los Concilios», que es la III Parte de la egregia obra «Nueva

visión de la Historia del Cristianismo» (vol. I, págs. 309-509), por el conocido y afamado historiador de la Iglesia, P. Bernardino Llorca, S. I.

4.º En los volúmenes de la «Historia de la Iglesia Católica», publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), y cuyos autores son los PP. Llorca, García-Villoslada, Leturia y Montalbán, de la Compañía de Jesús, se puede ver fácilmente la reseña completa y plenamente autorizada de todos los Concilios Ecuménicos, en sus respectivas épocas.

5.º Como libros de divulgación pueden servir muy bien los que en estos meses van apareciendo para guiar a los alumnos del curso preuniversitario en la preparación de lo que precisamente sobre esta materia ha dispuesto el Ministerio de Educación Nacional para el curso 1959-1960. De entre estos libros me place señalar el del insigne Sacerdote de Valencia, don Emilio Aparicio Olmos, «Concilios Ecuménicos», por ser muy claro, sólido y completo. Y también para una visión histórico-literaria, el libro recientemente publicado por el conocido autor, tan predilecto de innumerables lectores y lectoras, Adro Xavier, «Los Concilios Ecuménicos. Veinte siglos de Historia» (Edit. Borrás, Barcelona, 1959).

Quien desee una Bibliografía más amplia, la puede ver en las citadas obras, especialmente en las de Jedin, Llorca y Aparicio Olmos.

Cuando sea oportuno, darán los artículos de esta Revista las notas bibliográficas que por las circunstancias de la materia escogida para ellos parezcan más aptas

# LA LUCHA POR LA ORTODOXIA

## DESDE EL «GRANDE Y SANTO SINODO DE LA IGLESIA CATOLICA» EN NICEA HASTA EL SEGUNDO CONCILIO ECUMENICO

*A los alumnos del Curso Preuniversitario del Instituto "Jaime Balmes".*

### *Del error ebionita a la herejía arriana*

Muy pocos años después de la liberación oficial de la Iglesia por Constantino, se iniciaba en Alejandría la querrela doctrinal entre el presbítero Arrio y el Obispo San Alejandro. La historia de las herejías presenta repetidamente el hecho de que un sistema doctrinal existente ya desde largo tiempo encuentra de pronto en las circunstancias y en el ambiente la ocasión de una resonancia mucho más universal que hasta entonces obtuviera. Esto iba a ocurrir con la enseñanza herética del presbítero alejandrino, que reproducía substancialmente la que bastantes años antes había formulado Luciano, el fundador de la "Escuela de Antioquía", y que tenía otras más antiguas raíces.

El "arrianismo" iba a encontrar en la situación espiritual, y en el ambiente cultural y político del tiempo que siguió a la conversión del Estado romano el clima propicio para una expansión que durante más de medio siglo haría de él como la "religión oficial" a que parecía tender, como a su natural situación de equilibrio, el "Imperio cristiano" en el Oriente helenístico.

Hemos aludido a unas más antiguas raíces de la herejía negadora de la divinidad de Jesucristo. Para comprender el arrianismo, conviene considerar su continuidad y a la vez su contraste con anteriores fases del "error judío", que intentaba reducir a horizontes terrenales y humanos la figura del Mesías y el sentido y carácter de su reino.

La tendencia judaizante, enemiga de la propagación universal del Evangelio y deseosa de imponer a los gentiles convertidos la observancia de la Ley Mosaica, se había concretado, en su sector más extremo, ya desde el siglo primero de nuestra era, en la *secta ebionita*. Su concepto del Mesías como un puro hombre — el Hijo de Israel por excelencia — estaba en coherencia con el horizonte terreno de su ideal religioso y la concepción judaica de la salvación del hombre por sus solas fuerzas. Cristo era el Hijo adoptivo de Dios, que merecía esta adopción por su fidelidad a la ley. El "Hijo del hombre" era así elevado a la diestra de Dios, que le daba la realeza sobre todas las gentes.

Este ideal judaizante de la justificación "por las obras de la Ley" brotadas de la sola fuerza del hombre, había impulsado la oposición a la tarea evangelizadora de San Pablo, el Apóstol de las gentes. Con la universalidad del Evangelio la predicación paulina tuvo que insistir también en la iniciativa divina en la Redención, en la justificación del hombre por la gracia y la fe en Jesucristo.

El Evangelio de San Juan significó a su vez la afirmación reiterada y expresa de la divinidad de Jesucristo frente a la idea judaica del Mesías. Los judaizantes ebionitas no aceptaban sino el Evangelio de San Mateo, que interpretaban según su propio error; escrito directamente para probar el cumplimiento en Jesús de las profecías mesianicas, este

Evangelio nos presenta en su primera página la genealogía de Jesucristo "Hijo de David, Hijo de Abraham". San Juan se remonta desde el primer momento al nacimiento eterno del mismo Jesucristo, que es el Logos, el Verbo que en el principio era junto a Dios y que se hizo carne y habitó entre nosotros.

El error ebionita, profesado también por Cerinto, que sintetizó en su sistema las esperanzas terrenas del mesianismo judaico, con los errores característicos de las sectas heréticas "gnósticas", se prolongó en los siglos siguientes adoptando nuevas formas y pretextos.

La Iglesia cristiana bautizaba en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y la creencia en Jesucristo, Hijo de Dios, era el corazón mismo de la fe por la que daban su vida los mártires; pero frente al politeísmo pagano, la evangelización cristiana era precisamente la propagadora de la creencia tradicional de Israel en Dios, el Señor Uno. La negación de la divinidad de Jesucristo pudo encontrar su primer pretexto en la insistencia monoteísta, en la afirmación de la "monarquía" divina.

El "monarquianismo" adoptó desde el siglo II dos formas diversas y en algún modo opuestas. La que representaba de modo más directo la continuidad del "error judío", constituye el llamado "monarquianismo dinamista" o "adopcionismo". El Mesías sólo es Hijo por adopción, por descansar en Él la fuerza — "dynamis" — de Dios. Sus representantes principales fueron los dos Teodotos, llamados el "Coriario" y el "Nummulario".

El monarquianismo "modalista", representado por Noeto, Práxeas, y — ya a principios del siglo III — por Sabelio, no negaba la Encarnación, pero reducía las tres divinas personas a meros aspectos o denominaciones de Dios. Los sabelianos pudieron ser llamados también "patripasianos" ya que, en coherencia con su doctrina, atribuían al mismo Dios Padre, no realmente distinto del Hijo, la pasión y la muerte redentoras.

La oposición aparentemente radical entre ambas tendencias monarquianas no impidió la síntesis de una y otra. La realizó en el siglo III Paulo de Samosata, obispo de Antioquía, excomulgado y depuesto por un Concilio reunido en aquella ciudad (268). Jesucristo era un puro hombre, en el cual venía a descansar y a habitar el mismo Dios, que bajo este aspecto podía ser denominado Hijo. El monarquianismo modalista entraba así en síntesis con el adopcionismo dinamista de los dos Teodotos.

Luciano de Antioquía, seguidor primeramente del sistema de Paulo de Samosata, formuló después, ya hacia fines del siglo III, su doctrina que en parte representa una reacción frente a aquél. Jesús ya no es un puro hombre, sino un ser celeste preexistente a su aparición en carne, el "Logos creado" distinto del Verbo divino increado y eterno

que no es sino un modo o aspecto de Dios. Jesucristo es en definitiva una criatura excelente a la que en el sistema de Luciano se pretende dar el mismo nombre con que San Juan nombraba a Cristo como el Verbo que era Dios y se había encarnado por nosotros.

El sistema del fundador de la escuela de Antioquía se enlazaba con el concepto que acerca del Logos se había formado en el siglo I Filón de Alejandría. Un elemento neoplatónico se incorporaba así a la sistematización de la doctrina herética que reducía el Verbo a una pura criatura, y entraba en síntesis con el característico aristotelismo de la escuela antioquena. Esta doble raíz iba a ser visible en las distintas y complejas corrientes que integran el movimiento arriano.

De aquí que no podría comprenderse la fisonomía del arrianismo si atendiésemos únicamente a su entronque con la tradición judaica del Mesías-hombre. Entre las fuentes doctrinales del arrianismo debe contarse también como factor muy primordial el “subordinacionismo” y la tendencia a concebir como “separadas” las tres “hipóstasis” divinas, características del sistema teológico de Orígenes. Éste admitía interpretaciones ortodoxas pero no dejaba de presentar ciertas analogías con las sistematizaciones racionalistas del tipo gnóstico o neoplatónico. Lo cierto es que en Alejandría y con anterioridad a la formulación de los sistemas antioquenos de Paulo de Samosata y de Luciano, existía una corriente doctrinal derivada de Orígenes a la que el Papa San Dionisio podía acusar de desviarse de la auténtica predicación monoteísta de la Iglesia. Por reacción excesiva contra el sabelianismo se recaía en algún modo en el “triteísmo” o se pretendía corregir este último peligro y salvar la “monarquía” divina afirmando la “subordinación” del Hijo al Padre, y la del Espíritu Santo, como tercera hipóstasis, al mismo Padre, por el Hijo.

El sistema de Arrio reproducía en el fondo el pensamiento de Luciano de Antioquía: Dios es Inengendrado y sin principio; por esto mismo el Verbo, que es engendrado por el Padre, no es Dios. Confundiendo los conceptos de “generación” y de “creación” se afirma que el Verbo es una criatura a la que se caracteriza, con una idea también de ascendencia filoniana, como el intermediario entre Dios y el mundo.

El Hijo no es igual ni consubstancial al Padre; no es tampoco eterno, y difiere de la Sabiduría increada: “Dios no ha sido siempre Padre... hay dos Sabidurías: Una es la propia Sabiduría de Dios coeterna con Él; el Hijo, es llamado Sabiduría y Logos sólo por denominación y en cuanto participa de la Sabiduría divina.”

El Espíritu Santo, la “tercera hipóstasis”, es también una criatura inferior al Logos creado y, como Éste, ministro y servidor de Dios Padre. Arrio habla, como vemos, de una “Trinidad de hipóstasis”, pero excluye de la divinidad al Logos y al Espíritu Santo; sólo el Padre, el Principio Inengendrado y eterno es verdadero Dios.

Si el misterio trinitario quedaba desfigurado totalmente en la enseñanza del heresiarca alejandrino, su concepto sobre Cristo se encontraba también en oposición radical

a la fe ortodoxa. A diferencia del adopcionismo judaizante del monarquianismo “dynamista”, Arrio — siguiendo a Luciano de Antioquía — no concebía a Cristo como un verdadero hombre: el Logos creado se unía a la carne y hacía las veces de alma espiritual de la que carecía Cristo. Por otra parte atribuía Arrio al Logos creado, no semejante a Dios Padre, el poder de “justificarse a sí mismo” ante Dios, de un modo análogo a como lo entendía la mentalidad judaizante y ebionita: “El Logos es de naturaleza mudable y usa como quiere de su libre arbitrio; si permanece en el bien es por su voluntad. Dios, habiendo previsto su bondad, le ha dado por anticipado la gloria que ha merecido después por su virtud, y debe a sus obras, de antemano conocidas por su Padre, el ser lo que es cuando es engendrado”. Por este aspecto la doctrina arriana prolonga, pues, con una nueva versión la persistencia del concepto ebionita del Mesías, cuya figura humana ha sido por el contrario totalmente destruída.

### *El Grande y Santo Sínodo de la Iglesia Católica*

De una polémica local, iniciado el año 318, la cuestión del arrianismo trascendió pronto a todo el Oriente cristiano. Un Concilio reunido en Alejandría en 320 condenaba la herejía de Arrio; pero éste buscó inmediatamente el apoyo de otros Obispos, especialmente entre los “orientales”, es decir, perteneciente en lo político a la llamada “diócesis” de Oriente, y agrupados en lo eclesiástico en los países dependientes del Patriarcado de Antioquía.

Ya desde estas primeras fases de la lucha doctrinal figuraron en el partido arriano los dos “Eusebios”, es decir, Eusebio de Nicomedia, el verdadero jefe activo y militante del arrianismo, y Eusebio de Cesárea, el gran historiador de la Iglesia, panegirista y seguidor entusiasta de Orígenes.

En el momento de su victoria contra Licinio, el Emperador Constantino encontró la cuestión arriana agitada en todas las grandes capitales de Oriente. De aquí que el propio interés político le impulsase a la convocación de todo el episcopado cristiano. En Nicea de Bitinia, en el Palacio Imperial de Verano, Obispos de todas las regiones del Imperio, principalmente de su parte oriental, y aun de fuera de él, se reunieron de mayo a julio del año 325, en el que había de quedar en la memoria de los cristianos de los siglos posteriores como “el Grande y Santo Sínodo de la Iglesia Católica”, el de “los 318 Padres reunidos en Nicea”.

Constantino, que influyó decisivamente en el Concilio, y de algún modo rigió la Asamblea que él mismo había convocado, “cedió la palabra a los que la presidían. Entre los pocos representantes del Occidente se contaban el español Osio, Obispo de Córdoba, que con dos presbíteros romanos representaba al Papa San Silvestre. La influencia del gran Osio sobre el emperador, por entonces todavía muy eficaz, se ejerció favorablemente en favor de la ortodoxia, que iba a triunfar de modo espléndido en el Concilio.

Eusebio de Cesárea, iniciando una táctica que iba a ser característica de toda su actuación ulterior, propuso la adopción de una fórmula adoptada en su ciudad episcopal

como símbolo de fe en la administración del bautismo. Con una apariencia de ortodoxia y de fidelidad al lenguaje de la Escritura, la fórmula propuesta por Eusebio hubiera podido ser entendida en sentido herético y encubrir las tesis propias del arrianismo. Se expresaba así:

“Creemos en un solo Dios, Padre Omnipotente, Creador de todas las cosas visibles y de las invisibles.

Y en un solo Señor Jesucristo, el Verbo de Dios.

Luz de Luz, Vida de Vida, Hijo único, Primogénito de toda la Creación, engendrado del Padre antes de todos los siglos, por quien todo ha sido hecho.

Que por nuestra salvación se hizo carne y ha habitado entre nosotros, padeció y resucitó al tercer día.

Ha subido hacia su Padre y volverá con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos.

Creemos también en un Espíritu Santo.

Creemos que cada uno de éstos existe verdaderamente, el Padre que es verdaderamente Padre, el Hijo que es verdaderamente Hijo, el Espíritu Santo que es verdaderamente Espíritu Santo, como el Señor lo ha dicho al enviar sus discípulos a predicar, diciéndoles: Enseñad a todas las naciones...

Teniendo en cuenta la equiparación por parte de los arrianos entre los conceptos de “generación” y de “creación”, la fórmula con que en el símbolo propuesto por Eusebio se confesaba que el Hijo “es engendrado antes de todos los siglos” no era en el fondo sino la profesión de que el Hijo era la primera de las criaturas, el “Primogénito de toda la Creación”, que como instrumento “por quien todo ha sido hecho” era el intermediario entre Dios, el Padre, y las demás criaturas. De este modo la expresión “Hijo único” no encerraba ya la afirmación de la divinidad del Verbo; por el contrario al insistir en la diferencia entre el que es verdaderamente Padre, es decir, Dios, que engendra o crea al Hijo, y por el Hijo al Espíritu Santo y al conjunto de las criaturas, y las otras dos hipóstasis de la “trinidad” se sugería en el fondo la idea arriana de las “tres hipóstasis”, es decir, tres substancias *diversas* de las que sólo la primera era el Dios verdadero y único.

La maniobra y el sofisma no triunfaron en aquel concilio a cuyo nombre había de quedar unida para siempre la auténtica fe en el misterio revelado por Dios en Cristo su Hijo. La “fe de Nicea”, la creencia verdadera acorde con la enseñanza evangélica y apostólica, se expresó en fórmulas intencionadamente elegidas para cerrar el paso a los equívocos de la herejía. El símbolo de Nicea dice así:

Creo en un solo Dios Padre Omnipotente, creador de todas las cosas visibles y de las invisibles.

Y en sólo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, nacido *Unigénito* del Padre, es decir, *de la substancia* — *ousia* — *del Padre*,

Dios de Dios, Luz de Luz, *Dios verdadero de Dios verdadero*.

Nacido, *no hecho, consubstancial* — homoousios — *al Padre*; por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra.

Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día.

Subió a los cielos y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Y en el Espíritu Santo.

“En cuanto a los que afirman: Hubo un tiempo *en que el Hijo no fue, y que fue hecho de la nada*, o los que dicen que *es de otra hipóstasis o substancia* — *ousia* — o que el Hijo de Dios es creado, o sujeto a cambio y mutación; a estos anatematiza la Iglesia Católica y Apostólica”.

#### Atanasio el Grande

En la victordia de la fe ortodoxa contra Arrio y sus partidarios tuvo un papel central, con el gran Osio, un diácono de Alejandría que acompañaba en Nicea al Patriarca San Alejandro. Su nombre había sonado desde los primeros momentos de la polémica. Desde el Concilio de Nicea hasta su muerte en 373, y ya para siempre, Atanasio sería la personificación del “credo de Nicea”, “el Padre de la fe ortodoxa de Cristo”.

El carácter de San Atanasio, dice Bossuet, “es el de ser grande en todo”. Su grandeza consiste y radica toda ella en su carácter de testigo y Doctor de la fe; más que a la elaboración sistemática de la “teología” su esfuerzo, en constante polémica con la herejía, se dirigió a la defensa de la pureza y de la autenticidad del misterio revelado.

La desfiguración arriana de la idea de Cristo, implicaba la reducción de la dogmática cristiana a un horizonte de sabiduría mundana y de ideal terreno. La confluencia que en el arrianismo se produjo entre el error judaico y la filosofía religiosa racionalista del helenismo, destruía lo más íntimo del sentido de la redención y de la vida cristiana. De aquí la fácil adaptación del arrianismo al espíritu y mentalidad de quienes se habían convertido al cristianismo arrastrados por la evolución de la actitud imperial hacia la nueva fe.

Frente al naturalismo arriano, Atanasio se sitúa siempre en la perspectiva de la Redención, es decir, de la restauración y la comunicación de la vida divina, por el sacrificio del Hijo de Dios hecho Hombre, a la humanidad pecadora. Para los cristianos que hayamos olvidado la tesis central de la “deificación” — de la participación de la divina naturaleza, por la incorporación en Cristo, y la adopción filial por el Espíritu Santo que habita en nosotros — es un estimulante llamamiento a la autenticidad de nuestra conciencia cristiana el recuerdo del argumento atanasiano en que se afirma, frente a la herejía, la divinidad del Verbo, apoyán-

dose en el misterio de la divinización del cristiano por la gracia.

“Dios se ha hecho hombre para que el hombre sea divinizado.” Si el Mediador no fuese el Hijo de Dios por naturaleza, no podría restaurar en nosotros por su gracia la filiación divina, tal es el nervio de la polémica mantenida por Atanasio para defender contra los herejes la consubstancialidad del Verbo y la genuina idea de la Encarnación.

La grandeza de San Atanasio como Padre y Doctor de la Iglesia se mide por la total adecuación entre su vida y su misión. Es el defensor constante de la fe de Nicea y no sólo el símbolo de la ortodoxia para los fieles, sino también para los herejes: El blanco de la hostilidad de éstos y el adalid de la resistencia de la fe cristiana ante las persecuciones del poder imperial y las intrigas de los Obispos cortesanos, falsos hombres de Iglesia, dirigentes del partido arriano.

En el Martirologio Romano se nos habla de él en estos términos: “San Atanasio, Obispo de Alejandría, Confesor y Doctor de la Iglesia, celeberrimo en santidad y doctrina, en cuya persecución se había conjurado casi todo el orbe; defendió vigorosamente la fe católica desde el tiempo de Constantino hasta Valente, contra emperadores, gobernantes, e innumerables obispos arrianos, por los cuales acosado insidiosamente, anduvo prófugo de una a otra región, hasta no restarle en la tierra lugar alguno donde ocultarse.”

#### «Os echarán de las sinagogas»

La intriga de los “de Eusebio” que alcanzó a influir sobre el Emperador Constantino principalmente a través de su hermana Constancia, modificó la política religiosa de éste muy poco tiempo después de la victoria de la ortodoxia en Nicea.

En 330 a los dos años de la ascensión de Atanasio a la Sede de Alejandría, la reacción antinicena se ponía decididamente en marcha. El gran defensor del Credo de Nicea, empezaba a ser considerado por el Emperador como un perturbador de la paz religiosa del Imperio, que con su intransigencia frente a la doctrina de los arrianos exageraba acerca de “cuestiones de palabras” que dividían entre sí a los cristianos.

Una creciente hostilidad frente al gran Patriarca alejandrino agrupaba a los Obispos “Orientales” vinculados a la tradición que remontaba a Luciano de Antioquía — representada por Eusebio de Nicomedia — o al subordinacionismo origenista profesado por Eusebio de Cesárea. En 330, San Eustacio, Obispo de Antioquía era depuesto y desterrado de su Sede, la cual, durante 30 años sería ocupada por Obispos arrianos.

La evolución de la política imperial y la progresiva simpatía arriana del episcopado oriental, explican el hecho de que en 335 el concilio de Tiro, en Fenicia, pudiese atreverse a deponer a Atanasio de su Sede. Fuera de los Obispos egipcios, muy pocos entre los orientales le defendieron. La “mayoría” antinicena de aquel Sínodo estuvo dominada por los dos Eusebios, y por otros obispos entre los cuales aparecen

los nombres de Valente y Ursacio, que años posteriores serían también jefes del arrianismo extremo.

Consecuencia de la condenación pronunciada por el Concilio de Tiro fue el primer destierro de Atanasio por el emperador Constantino. El Patriarca alejandrino tuvo que abandonar su sede episcopal para residir en Tréveris, al norte de las Galias.

El triunfo del arrianismo se completó con la rehabilitación de la ortodoxia del heresiarca: Arrio era reintegrado a la comunión de la Iglesia por el episcopado oriental, que admitió la ortodoxia de una vaga profesión de fe que de ningún modo podía ser considerada como una retractación de la herejía, y mucho menos como una clara profesión de la fe profesada en Nicea. Pocos meses después moría el propio Arrio, pero el partido se agrupaba más que nunca, en torno al obispo Eusebio de Nicomedia.

La muerte de Constantino en 337 y el advenimiento en Oriente de Constancio, fueron ocasión del fin del destierro de Atanasio y del retorno del gran confesor de la fe a su sede de Alejandría. El nuevo reinado, sin embargo (337-361) no haría sino agravar la dureza de la persecución imperial contra la ortodoxia nicena. Depuesto Pablo, obispo de Constantinopla, fiel ortodoxo y “atanasiano”, la sede de la ciudad imperial era ocupada en 338 por Eusebio de Nicomedia. Hasta 379, durante más de 40 años habían de sucederse en la capital del imperio obispos arrianos, y entre ellos los más destacados dirigentes del arrianismo en sus diversos sectores.

La influencia que de este modo adquiría el partido arriano fue inmediatamente utilizada para una más audaz ofensiva contra Atanasio; de aquí que no sólo un segundo destierro había de alejar a éste durante siete años — entre 339 y 346 — de su Patriarcado, sino que se llegó a consagrar, sobre la base de la decretada deposición de Atanasio, un nuevo Obispo alejandrino en comunión con el episcopado arriano.

Atanasio fue ecusado de haber despreciado la sentencia del Concilio de Tiro, por haber regresado a su Sede Alejandrina sin que hubiese sido derogada su deposición. Los “eusebianos” apelaron incluso al Papa Julio I; pero el curso ulterior de este hecho resultó paradójico y contradictorio. El Papa convocó a las dos partes a un Sínodo, que tuvo lugar en Roma en 340, en que Atanasio y sus amigos triunfaron plenamente, pero los mismos que habían elevado hasta él la causa, es decir los enemigos de Atanasio, se negaron a asistir y fingieron recusar la autoridad del Obispo de Roma en las cuestiones de Oriente.

#### La táctica insidiosa del semi-arrianismo

La coalición de los enemigos de Nicea se componía de varios sectores heterogéneos desde el punto de vista doctrinal, hecho que había de resultar patente, pocos años después, por las divisiones producidas en el partido arriano en los momentos de su máxima victoria. Entretanto, y en su común esfuerzo por desprestigiar la fe definida en Nicea y la persona de Atanasio, procedieron con una táctica insi-

diosa semejante a la que había seguido Eusebio de Cesárea.

La táctica semi-arriana de aquellos años, en la que convenían muchos que profesaban en el fondo el más extremado arrianismo, puede caracterizarse, en sus múltiples fases y fórmulas adoptadas, por estos rasgos: apariencia de fidelidad escrupulosa a los términos escriturísticos y recusación del "homousios" Niceno, con el pretexto de no encontrarse dicho término en la Sagrada Escritura y de significar como una recaída en el modalismo sabeliano.

El partido arriano se esforzó siempre en denunciar concretamente la reaparición del sabelianismo y del sistema de Paulo de Samosata entre los amigos y discípulos de Atanasio, el campeón del "homousios" y de la fe de Nicea. De hecho, Marcelo, Obispo de Ancira, "atanasiano" ferviente, parecía recaer en el monarquismo modalista por su manera de expresar la Trinidad de personas en la unidad de "hipostasis" divina. Fotino, discípulo de Marcelo, más tarde Obispo de Sirmium, recayó extrañamente, en reacción contra el arrianismo, nada menos que en el sistema de Paulo de Samosata.

Al año siguiente del Sínodo Romano favorable a Atanasio reunido por el Papa Julio I, un centenar de Obispos orientales se reunieron en Antioquía en un Concilio de decisiva importancia en la historia de la ofensiva antinicensa. Se ratificó la condenación de Atanasio estableciendo que "si un Obispo condenado en un Concilio se hubiese atrevido a ejercer de nuevo su ministerio, de ningún modo le será lícito esperar una posterior restitución en un Concilio posterior, y que *todos los que con él estuvieron en comunión deben considerarse como segregados de la Iglesia*".

Se trataba claramente de ratificar a perpetuidad la condenación de Atanasio, de tal modo que pasasen a ser considerados como cismáticos cuanto perseverasen en su comunión. No podía darse réplica más radical a la sentencia dada en Roma por el Papa Julio I. El concilio de Antioquía establecía así un cisma gravísimo entre la mayoría del episcopado oriental de una parte, y el Occidente y Egipto de otra. En esta dualidad de actitudes frente a Atanasio se concretaba una profunda divergencia doctrinal que amenazó durante largos decenios el porvenir de la ortodoxia en la porción oriental del imperio.

En Antioquía, en efecto, se ratificó la legitimidad de la rehabilitación de Arrio, aunque según la táctica semiarriana se afirmaba que éste había evolucionado en su doctrina hasta coincidir con la ortodoxia. Los Obispos reunidos en aquel Concilio adoptaron con diversos pretextos, como expresión de su fe, cuatro fórmulas distintas que admitían tal vez una recta interpretación, pero omitían intencionalmente el término "homousios" y dejaban sin precisar los más graves puntos de divergencia entre la fe definida en Nicea y la herejía arriana.

La táctica semiarriana completaba la obra contra Atanasio con la condenación de las doctrinas de Marcelo de Ancira y la nueva repudiación del sabelianismo y del sistema de Paulo de Samosata de cuya restauración se consideraban partidarios a cuantos permanecían fieles al Símbolo de Nicea.

### *Nueva victoria de la fe de Nicea y del Pontificado romano*

Esta abierta rivalidad doctrinal y política que a partir de 341 opondrá el episcopado oriental, que gira en torno a Antioquía — y también cada vez más en torno a Constantinopla —, al resto de la Iglesia, que sigue la dirección del Pontificado romano y del Patriarca Atanasio de Alejandría, se relaciona intrínsecamente con la vinculación que convierte a la Iglesia de la parte oriental del Imperio Romano en la "religión imperial". En la historia religiosa del Imperio, Constancio, el primer emperador que reprime la idolatría, viene a ser el fundador del cesaropapismo bizantino; encuentra sus consejeros y colaboradores en los Obispos cortesanos, los auténticos jefes del partido antinicensa.

La necesidad de mantener la unidad política del Imperio Romano obliga no obstante a Constancio a regular su actitud de acuerdo con la política de Constante que gobierna en Occidente (340-350) favorable a la fe nicena. Estas circunstancias políticas explican el curso de los acontecimientos en los años inmediatamente posteriores.

El acuerdo entre el emperador Constante y el Pontificado y la necesidad de superar la creciente distancia entre el Oriente y el Occidente cristiano, condujeron a la reunión en Sardica (Sofía), de un concilio que debía reunir los obispos de todas las partes del Imperio. Unos noventa de Occidente y ochenta de Oriente acudieron a él; en Sárdica sin embargo, en donde el gran Obispo español, Osio, representaba de nuevo al Papa, no pudieron llegar a celebrarse reuniones conjuntas entre las dos partes hostiles del episcopado. Los orientales, recusando la sentencia del Papa Julio, y considerando vigente la condenación de Atanasio decretada en Tiro y Antioquía, se negaban a aceptar la comunión con Atanasio y Marcelo de Ancira. Separándose de los occidentales se reunieron en Filopópolis, en donde ratificando las actitudes anteriores declararon rota su comunión con los atanasianos y con el propio Papa Julio.

El concilio de los "occidentales" en Sárdica representó una brillante ratificación de la fe de Nicea y del reconocimiento de la primacía de la Sede Apostólica de Roma en la Iglesia universal. El abismo que separaba así al Oriente arriano del resto de la Iglesia quedaba por el momento agravado.

A pesar del fracaso del intento de Sárdica, la presión de Constante y la enérgica actitud del Pontífice romano, Julio I, juntamente con la reacción del pueblo cristiano en Oriente, condicionaron la política de Constancio en el sentido de procurar un acercamiento y una progresiva transigencia con los "nicenos". Esta política de acercamiento se vio favorecida por la condenación, por los obispos occidentales de Fotino de Sirmium — el sedicente "atanasiano" que renovaba el sistema de Paulo de Samosata — en los concilios celebrados en Milán entre los años 344-347. Es sintomático que los obispos orientales presentes en Milán en 345 se negaran sin embargo a suscribir la condenación de Arrio.

Se trataba en muchos casos, como se ve, de acercamientos impuestos por las circunstancias o inspirados en la per-

(Continúa en la pág. 483)

# LA IGLESIA, LOS CATOLICOS

## Y LA CIUDAD

## TEMPORAL

La preocupación misionera de la Iglesia ha dado lugar a documentos importantes en los últimos tiempos. Ahora, en ocasión del 40 aniversario de la Carta Apostólica "*Maximum Illud*", de Benedicto XV, ha sido publicada una nueva Encíclica sobre esta importantísima materia: la "*Princeps Pastorum*", que CRISTIANIDAD comentará en el próximo número.

En un momento en que grandes países, sometidos hasta ahora a un régimen colonial o a formas más o menos "paternalistas" de tutela por parte de los países económica y políticamente más fuertes, han ascendido o están a punto de ascender a la plena libertad política, es interesante para el católico subrayar cómo la Iglesia se ha adelantado en este camino de emancipación *en virtud de los principios mismos* que rigen su esfuerzo misional:

"*El último fin del trabajo misional* — recuerda Juan XXIII citando la Encíclica "*Evangelii Praecones*", de Pío XII — *es el de constituir la Iglesia de un modo estable en estos países, y confiarla a una Jerarquía propia, escogida entre los cristianos del país.*"

Al mismo tiempo, nos recuerda la amplitud con que se ha procedido por parte de la Iglesia en este punto: desde 1923, en que fue consagrado el primer Obispo de estirpe asiática, son ya 68 los que hay en la actualidad, y en el mismo lapso de tiempo el clero asiático indígena se ha elevado de 919 a 5.553. Semejantemente en África, donde el primer Obispo africano fue consagrado en 1939 y son ya 25 los Obispos de estirpe africana, mientras que, por su parte, el número de sacerdotes del clero indígena se ha elevado de 90 a 1.811.

Dentro de este movimiento general debe situarse la reciente institución de la Jerarquía Eclesiástica en el Congo Belga y Ruanda-Urundi. Ocho sedes arzobispales con 29 diócesis sufragáneas, si no vamos equivocados, constituirán en adelante la organización eclesiástica de estos países, en el momento de su acceso a la independencia política.

Reproducimos a continuación diversos pasajes de la interesante Pastoral Colectiva con que la Jerarquía del Congo y de Ruanda-Urundi saluda este acontecimiento político, dando a la minoría católica orientaciones de gran sabiduría, para su participación en la vida política nacional.

### I. Misión religiosa de la Iglesia.

"Todo el cristianismo está basado sobre la intervención de Dios en la historia. Dios se ha hecho hombre para darnos vida divina. He ahí la buena nueva que la Iglesia ha venido a traer a nuestro País. Su misión es esencialmente religiosa: anunciar a los hombres la palabra de Dios, y dirigirles por sus caminos."

La regla práctica para todo buen cristiano es la que Nuestro Señor le ha anunciado: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia."

Pero el cristiano, destinado al Cielo, ha de realizar en este mundo su salvación. En consecuencia,

"Como cristiano tiene una misión que cumplir cara a este mundo. Debe esforzarse porque en él reine la verdad, la justicia y la caridad, y promover todos los valores humanos que permitan al hombre vivir mejor como hijo de Dios. En una palabra: hacer de este mundo, en cuanto sea posible, una imagen del mundo venidero."

En razón de las responsabilidades que su misma religión obliga al cristiano a asumir en el mundo, *la Iglesia tiene el deber, y por consiguiente el derecho, de instruir a sus fieles sobre estas responsabilidades suyas en la ciudad temporal.*<sup>41</sup>

### II. La Ciudad terrena debe constituirse en orden al desarrollo de la persona humana, que tiene un valor sagrado.

Pues el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y redimido por su Sangre.

Pero el hombre no puede desarrollar su personalidad más que en una comunidad: la comunidad familiar primero, luego comunidades más amplias en las que se integra para buscar en común el bien general. Estas comunidades deben tener un carácter orgánico:

"Cada uno debe tener su lugar en ellas, encontrar en ellas la ayuda indispensable para el alcance de su destino, aportarle el concurso de una entrega generosa."

*La sociedad terrestre debe ser una gran comunidad de hombres y para los hombres.*

### III. La misión de la Iglesia y la responsabilidad de los cristianos.

*Pertenece a la Iglesia* definir los principios morales que deben guiar la sociedad en el dominio temporal. Pero frecuentemente *pertenece a los cristianos mismos* la opción sobre su aplicación práctica.

“En el plano de la organización técnica, el cristiano es libre, como todo hombre, de elegir los medios que juzgue más aptos para el progreso, estableciendo las estructuras políticas, sociales y económicas”, aunque respetando siempre el verdadero destino del hombre.

Pero *libertad y responsabilidad van a la par*:

“Libre de elegir las instituciones, el hombre es responsable de su elección: la felicidad o la desgracia de un pueblo pueden depender de ella. *Esta responsabilidad es una de las más graves que existen.* Los cristianos no pueden desentenderse de ella.”

El ámbito político en que esta responsabilidad debe actuarse, es definido como sigue por la Jerarquía del Congo y de Ruanda-Urundi:

### IV. El acceso de nuevos Pueblos a la libertad política.

Ya en su declaración de 1956 los Obispos del Congo y de Ruanda-Urundi afirmaron el derecho de los habitantes de estos países a tomar parte en los asuntos públicos, y señalaron que *la Iglesia considera como legítima la emancipación de un pueblo* desde el momento en que ésta cumpla con el respeto a los derechos mutuos y a la caridad. Por su parte, el Papa Pío XII había escrito:

“La Iglesia, que en el decurso de los siglos vio ya nacer y crecer tantas Naciones, no puede menos que estar particularmente atenta en el día de hoy al acceso de nuevos Pueblos a las responsabilidades de la libertad política.”

“*Que una libertad política justa y progresiva no les sea negada* a estos Pueblos que aspiran a ella y no se opongan obstáculos a la misma.”

Al tiempo que decía a éstos:

... que debían reconocer a Europa el mérito de su progreso: sin su influencia, extendida a todos los campos, podrían haber sido arrebatados por un nacionalismo ciego o lanzados en el caos de la esclavitud.

Al renovar esta exhortación, seguía diciendo Pío XII:

### V. Algunos puntos particularmente graves que hay que considerar en la organización del Congo y Ruanda-Urundi como Estado independiente.

#### 1. Enraizamiento en la tradición.

“Cualquiera que sea el régimen que se de a un Estado, si se quiere que sea estable y conforme al

“La política es el arte de conducir a la sociedad hacia el bien común. Este bien común debe constituir el criterio fundamental. El ejercicio del poder no puede subordinarse al interés particular de los dirigentes, o de una categoría o clase de ciudadanos: debe servir al interés general.

*La política es esencialmente asunto de seglares* y la Iglesia no tiene por qué intervenir en la puesta en marcha y en el funcionamiento de las instituciones. Ella pide a todos sus fieles que colaboren activamente como ciudadanos interesados por el bien del país y como cristianos celosos del destino divino de la humanidad. Porque *cada uno de los miembros de la comunidad debe tener su palabra que decir* según sus capacidades y sus responsabilidades.”

Por parte de la Jerarquía:

“Tenemos el deber de ilustrar a los cristianos en el uso de su libertad política, recordándoles con la mayor precisión sus derechos y sus responsabilidades.”

... *formulamos nuevos votos para que se prosiga en África una obra de colaboración constructiva*, libre de prejuicios y de susceptibilidades recíprocas; preservada de las seducciones y estrecheces de un falso nacionalismo, y capaz de extender a sus poblaciones, ricas en recursos para el porvenir, los verdaderos valores de la civilización cristiana que han producido ya tan buenos frutos en otros continentes.”

Los Obispos hacen notar como la Iglesia se ha adelantado a confiar responsabilidades a los africanos, y ofrece su colaboración a los nuevos estados en esta forma:

“La Iglesia ha sido la primera en confiar responsabilidades importantes a los africanos. Quiere favorecer esta promoción a la independencia poniendo a disposición de los que deben organizar las estructuras del Estado las luces de la doctrina cristiana en materia de orden internacional; democracia política; relaciones sociales; vida profesional y actividad económica.

*Ella puede aportar a los pueblos los principios que establecen las comunidades nacionales sobre las bases más sólidas.*”

carácter de la nación, *es necesario que esté enraizado en las tradiciones más íntimas y auténticas.* Todo pueblo tiene su tesoro de sabiduría secular y

de experiencia práctica, que le viene de sus mayores, y en la que se expresa su personalidad: sería poco sabio no tener esto en cuenta.”

2. Atención preferente a los pobres.

“La suerte de las masas desheredadas, todavía tan numerosas, debe estar en el primer plano de las preocupaciones de la autoridad. Un esfuerzo enorme queda por hacer para llevar estas poblaciones a la plena madurez política como a una condición de vida plenamente humana.”

3. Atención al bien común, tal cual ha sido formado históricamente.

“La comunidad nacional puede realizarse según fórmulas diversas: pertenece a los ciudadanos decidirlos en forma legal. Pero su posición debe basarse en bases objetivas y sabias, y tener en cuenta el bien común tal cual ha sido formado históricamente. Deben proscribirse soluciones que perjudiquen los intereses de algunas regiones, razas o categorías de ciudadanos que las reducirían a la miseria y a la regresión y les impedirían participar normalmente en el progreso.”

4. Necesidad de ayuda extranjera.

“Nuestros países tendrán todavía necesidad de

la ayuda extranjera en diversos campos.” (Deberes de generosidad, y de lealtad recíproca.)

5. Necesidad de integrarse en la comunidad internacional.

“No es posible actualmente a un País vivir solo, replegado sobre sí mismo y preocupado únicamente de sus problemas interiores. En la medida en que sepamos, con un espíritu leal y abierto, ocupar nuestro lugar en la comunidad universal de las naciones, nuestros países podrán vivir y crecer en la independencia.”

Sobre este punto, como recordaba Pío XII:

“Una gran responsabilidad gravita sobre los católicos: deben, ante todo, ser conscientes de estar llamados a superar y vencer las estrecheces nacionalistas y a buscar un verdadero entendimiento fraternal entre las naciones... Desde su infancia han aprendido a respetar a todos los hombres, sin distinción de razas, nación o color, como criaturas a imagen de Dios, rescatadas por Cristo y llamadas a destinos eternos. Ningún grupo humano presenta condiciones tan favorables desde todos los puntos de vista para un entendimiento universal.”

## VI. El ciudadano y la vida política.

No todos los ciudadanos están llamados a dirigir la vida del País; pero todos tendrán la obligación de ejercer plenamente sus derechos y sus deberes en materia política. Que todos tomen en serio la responsabilidad de elegir los dirigentes del Estado: les serán necesarios motivos realmente graves para poder abstenerse de participar en las elecciones o emitir un voto en blanco.

Por su parte, los hombres de gobierno deben tener una competencia preparada y sin cesar acrecentada, un sentido preciso de la justicia, un juicio seguro, un gran amor al trabajo y sobre todo una total dedicación al bien común. Es necesario que se preparen con una conciencia ejemplar; al mismo tiempo, deben estar seguros de contar con la ayuda positiva de todos los ciudadanos.

La organización en partidos políticos para hacer valer en el cuadro del bien común intereses particulares o de grupo, es normal y legítima: es pues deber del Estado para asegurar la libertad de todos, de admitir y fomentar la multiplicidad de partidos.

“Si la Iglesia en algunas regiones ha prestado su apoyo a un partido determinado, fue porque éste era el único en ofrecer las garantías indispensables desde el punto de vista cristiano. Pero Ella no considera nunca esta situación como ideal.

En nuestro País, por estar compuesto de cristianos y no cristianos, es legítimo y deseable que los católicos, en el plano de las instituciones temporales, colaboren con los cristianos de otras confesiones y con los no cristianos. En esta obra de colaboración en el gobierno del País,

“... los cristianos darán prueba de un cristianismo integral y de una fidelidad absoluta a las reglas de la moral. Pondrán su energía, dentro de los cuadros de la legalidad y de la libertad, para hacer triunfar los principios de la justicia y de la caridad. Respetarán las opiniones religiosas de los demás y tienen el derecho a esperar que los otros no empleen la fuerza para entorpecer la misión de la Iglesia.”

El gran principio en esta materia será la subordinación de la política a los imperativos de la moral:

“La política, en sus fines como en sus métodos, no escapa a la moral. Toda actividad humana está sometida a las normas de la moral y ningún fin, incluso excelente, puede bastar para justificar los medios.

Es importante instaurar desde el principio costumbres políticas sanas. Una emulación honesta puede ser uno de los mejores factores de progreso. Pero no se perderá nunca de vista que el adversario político es también un hombre y un miembro de la comunidad; los derechos de las minorías deben ser respetados; por otra parte, la oposición política debe ser leal y constructiva.”

Se resalta, finalmente, la función estabilizadora que en la vida política corresponde a los funcionarios públicos. En un momento en que la rápida evolución del País hacia la independencia plantea problemas difíciles, que obligarán a la administración a hacerles frente sin pusilanimidad, de-



# IGLESIAS HISPANICAS EN AFRICA

*Con motivo de la reciente fundación de las Iglesias del Congo y Ruanda-Urundi, ofrecemos a nuestros lectores un resumen estadístico de las diócesis hispano-africanas, entendiendo como hispánico la superación de lo puramente español, algo que trasciende a lo portugués, a lo castellano, a lo catalán, a lo vasco...*

## ANGOLA

*Luanda* es sede arzobispal y extiende su jurisdicción sobre un territorio de 57.990 Km.<sup>2</sup> De una población de 1.350.000 habitantes son católicos 270.000. Existen en la diócesis 150 sacerdotes, que atienden 125 iglesias y 44 parroquias. Cuenta con 27 comunidades religiosas masculinas y 17 femeninas. La Iglesia sostiene 53 centros de enseñanza con 13.000 alumnos y 40 hospitales con más de 1.500 enfermos. Mons. Moisés Alves de Pinho es el arzobispo de Luanda.

La diócesis de *Malanje*, cuyo obispo es Mons. Manuel Nunes Gabriel, cuenta con 110.000 católicos de un total de 740.000 habitantes. Existen en su territorio (272.000 Km.<sup>2</sup>) 10 comunidades religiosas masculinas y 3 femeninas. En las 28 escuelas de la diócesis reciben educación 2.500 alumnos y más de 400 enfermos son atendidos en 10 hospitales. El culto en las 26 iglesias y 10 parroquias está servido por 35 sacerdotes.

*Nova Lisboa* es la diócesis de mayor porcentaje católico. El 50 por 100 de sus habitantes (1.200.000 almas) es católico. En su territorio (69.560 Km.<sup>2</sup>) 140 sacerdotes cuidan las 130 iglesias y 38 parroquias. La diócesis, regida por Mons. Daniel Gomes Junqueira, cuenta con 23 conventos masculinos y 15 femeninos; 560 escuelas con 20.000 alumnos y 45 hospitales con más de 3.000 enfermos.

La diócesis de *Sa de Bandeira* (223.170 Km.<sup>2</sup>) cuenta 190.000 católicos en una población de 700.000 almas. Cuenta con 18 conventos masculinos y 9 femeninos, 3 hospitales (600 enfermos) y 160 escuelas (5.000 alumnos). Está atendida por 65 sacerdotes, con 55 iglesias y 26 parroquias. El Obispo de Sa de Bandeira es Mons. Altino Ribeiro de Santana.

La más antigua diócesis de la región es *Sao Tome e Principe*, en las islas del mismo nombre. Fue fundada en 1534. En la actualidad la sede está unida *in personam* a la de Luanda.

*Silva Porto* (522.300 Km.<sup>2</sup>) es la diócesis más extensa, que cuenta con 39 iglesias y 3 parroquias, atendidas por 60 sacerdotes. En 167 escuelas se instruyen 11.000 alumnos y un centenar de enfermos recibe asistencia en 8 hospitales. La población católica suma 140.000 almas, de un total de 650.000 habitantes. Mons. Manuel Antonio Pires es el obispo de Silva Porto.

## GUINEA

El Vicariato Apostólico de *Fernando Poo* comprende las provincias españolas de Río Muni (Guinea continental) y Fernando Poo e islas adyacentes (Guinea insular). Monseñor Francisco Gómez Marijuán es el Vicario Apostólico. La Iglesia de la Guinea española está confiada a los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Las últimas estadísticas muestran en algunos lugares una densidad católica que llega al 80 por 100.

La Prefectura Apostólica de *Guinea Portuguesa* es de reciente creación y data de 1955, en que fue nombrado Prefecto el P. Martinho da Silva Carvalhosa, franciscano. Se extiende por 36.125 Km.<sup>2</sup>, y cuenta con una población católica de 20.000 almas, entre medio millón de habitantes. 29 sacerdotes atienden a 6 parroquias.

## ISLAS DE CABO VERDE

La Iglesia de Cabo Verde fue erigida en diócesis en 1532. El Obispo de *Santiago de Cabo Verde*, Mons. José Felipe do Carmo Colaço, ejerce su jurisdicción sobre todas las islas y la diócesis es sufragánea de Lisboa. 45 sacerdotes atienden 47 iglesias y 30 parroquias. En las islas (4.033 Km.<sup>2</sup>), 120 escuelas de la Iglesia dan instrucción a 2.800 alumnos, y 3 hospitales atienden a 160 enfermos. Cuentan con 13 conventos masculinos y 4 femeninos.

## MOZAMBIQUE

El Arzobispo de *Lourenço Marques*, Mons. Tedosio Clemente de Gouveia, es el único cardenal de África. Procede de las islas Madera y fue creado Cardenal por Pío XII en 1946. Forma parte, en la actualidad, de las Congregaciones de Sacramentos, Propaganda Fide y Seminarios y Universidades. En su diócesis (164.011 Km.<sup>2</sup>) reside una población aproximada de 1.450.000 habitantes (católicos, 270.000), y el culto está servido por 110 sacerdotes en 37 iglesias y 44 parroquias. Cuenta con la mayor población escolar (111.000 alumnos) de Mozambique, que son educados en 630 escuelas de la Iglesia. Existen en la diócesis 32 conventos masculinos y 28 femeninos y 20 hospitales.

La diócesis de *Beira* (228.631 Km.<sup>2</sup>) cuenta con 100.000 católicos en una población de 1.105.000 almas. En sus 450 escuelas son educados 40.000 alumnos. 90 sacerdotes, dirigidos por su obispo, Mons. Sebastiao Soares da Resende, atienden el culto en 37 iglesias y 33 parroquias.

*Nampula*, diócesis de 53.000 almas en una población total de 1.575.000 habitantes, cuenta con 75 sacerdotes que atienden 56 iglesias y 34 parroquias. En su territorio (200.000 kilómetros cuadrados) ejercen el apostolado 24 comunidades religiosas masculinas y 20 femeninas. 100.000 alumnos reciben instrucción en sus 750 escuelas. 50 hospitales cuidan 3.500 enfermos. El Obispo de Nampula es Mons. Manuel de Medeiros Guerreiro, y fue anteriormente obispo de Meliapor en la India.

La diócesis de *Porto Amalia* tiene una extensión de 76.480 Km.<sup>2</sup> y una población de 495.000 habitantes, de los que son católicos la décima parte. 30 sacerdotes, dirigidos por su obispo, Mons. José Dos Santos García, atienden 12 iglesias y 2 parroquias.

*Quelimane* (100.500 Km.<sup>2</sup>) cuenta 37.000 católicos en una población de 1.283.000 almas. 610 escuelas atienden 55.000 alumnos y en 15 hospitales son cuidados 250 enfermos. 65 sacerdotes sirven el culto en 36 iglesias y 25 parroquias. Su obispo es Mons. Francisco Nunes Teixeira.

## SAHARA ESPAÑOL

La Prefectura Apostólica de *Sahara Español e Ifni* está atendida por los Misioneros Oblatos de María Inmaculada y fue erigida en 1954 por desmembración del antiguo Vicariato Apostólico de Marruecos— hoy archidiócesis de Tánjer—, confiado a los Franciscanos. El P. Félix Evtit, O. M. I., es el actual Prefecto Apostólico. El número de católicos es muy reducido.

# EN IBEROAMERICA HAY UN DEFICIT DE 130.000 SACERDOTES

## LA IGLESIA ESPAÑOLA DEBE ACUDIR EN AYUDA DE SUS HERMANAS DE AMERICA

*Palabras del Cardenal Mimmi, Presidente de la Comisión Pontificia Pro América Latina, en la clausura de los actos conmemorativos del I Decenio de la O. C. S. H. A. (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana).*

### La misión de España

Yo no sé si aquí en España ha estado San Pablo Apóstol; los Hechos de los Apóstoles lo dejan entrever y pensar, pero una cosa es cierta, y es lo que sinceramente pienso: que ha venido el espíritu de San Pablo, aquel espíritu de San Pablo que le ha hecho prorrumpir en las más bellas palabras que aún hoy arrancamos de sus labios y de su corazón, palabras llenas de fervor apostólico, "dilatatum est cor meum", se ha dilatado mi corazón. Cuando San Pablo ha visto delante de sí un campo de acción inmenso, ha sentido ensanchársele su corazón, aquel corazón que hubiera querido abrazar al mundo entero: "graecis et barbaris, debitor sum". Él, nacido y criado en un pequeño pueblo, se ha sentido deudor, no sólo para con los suyos, hermanos de raza, sino deudor para con el mundo entero: griegos y bárbaros. "Impendam et super impendam, pro animabus vestris" (II Cor. 12, 15): yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestras almas.

He aquí el espíritu de San Pablo, que no sólo le ha hecho decir bellas palabras ardientes, sino que lo ha arrastrado a través del mundo antiguo grecorromano para predicar a Cristo y ensanchar su reino.

Pues bien, yo os digo: un pueblo como vuestro pueblo ha sabido captar la fe de San Pablo, ha sabido conservarla, ha sabido difundirla allende los mares en el más grande de los imperios, ha sabido defenderla.....

Estoy convencido de que la misión histórica del pueblo español, o acaso para decir mejor, de la iglesia española no ha acabado, sino que continúa; estoy convencido de que la misión del pueblo español y de la iglesia de España debe continuar en aquel continente donde se conserva todavía vuestra lengua y vuestra fe, llevada no por otras gentes, sino por vosotros.....

### Ayuda de Norteamérica y Canadá

Pues bien, la iglesia de España no puede olvidar a la iglesia de la América Latina. Debe encaminar sus propias fuerzas para ir a ayudarla; hay una parte de la Iglesia que debe ir en auxilio de otra parte de la Iglesia. Hoy, la iglesia

de los Estados Unidos, la iglesia del Canadá, salen en ayuda de la iglesia de la América Latina con dos clases de ofrecimientos: con la ayuda económica, que allí abunda, mientras que en otros lugares escasea, y ofreciendo también personal (el Canadá y los Estados Unidos mandan sacerdotes que van a trabajar en América Latina). Así que es la América del Norte al que ayuda a la América del Sur, la iglesia del norte la que ayuda a la iglesia del sur.

### La Iglesia de Europa, madre de las demás iglesias

Pero no podemos olvidar que la iglesia de Europa es más antigua que la iglesia de América. La iglesia de Europa es, podríamos decir, la madre de las demás iglesias. He aquí por qué yo quisiera ver aquí ante mis ojos todas las naciones de Europa, las viejas naciones de Europa que han disfrutado de las mismas gracias que ha tenido España, para emplearlas todas en la misma empresa, y decirles a todas: no os hagáis indignas del gran don que Dios os dió, no os contentéis con conservar vuestra fe, sino contribuid a difundirla allá donde haya necesidad de ayuda. No lo puedo decir a los demás, os lo digo a vosotros, Emmos. Cardenales, Excmos. Obispos, estoy por decirlo a vosotros que no tenéis necesidad de oírlo, porque lo que quisiera decir habéis ya comenzado a hacerlo con gran generosidad de ánimo.

### La situación dolorosa de Iberoamérica

La cuestión es ésta: en la América Latina no hay clero. Es muy doloroso decirlo, porque cuando falta el clero, o el clero no está bien formado, viene a falta la fe, viene a faltar la vida religiosa, viene a faltar el culto. La América Latina es deficitaria de clero y no en una medida cualquiera; la medida la dió el Sumo Pontífice de santa memoria Pío XII al decir que para la América Latina serían necesarios 160.000 sacerdotes; hay 30.000, por tanto, faltan 130.000. He aquí la grande, la cruda y dolorosa verdad. Dolorosa cuestión, tanto más, si se piensa que si para formar un ministro protestante bastan seis meses, para formar a un sacerdote se requieren doce o trece años; y por mucho que nosotros nos apresuremos en poner remedio a este mal, a llenar este vacío, corremos el peligro de llegar un poco re-

trasados, de llegar un poco tarde. Y mientras falte el clero es inútil que estemos aquí discutiendo acerca de las razones que han conducido a esta pobreza de personal eclesial. Mientras que el clero se halla en déficit, los enemigos de la Iglesia se están apresurando; los protestantes (lo dicen ellos), dan el mayor asalto, el más fuerte ataque que el protestantismo está lanzando contra la Iglesia Católica desde los tiempos de Lutero (el protestantismo de hoy no es el de Lutero y Calvino; si viniera aquí Lutero, si viniera Calvino, excomulgarían a luteranos y calvinistas de hoy, porque los luteranos y calvinistas de hoy han negado y niegan lo que Lutero y Calvino no llegaron a negar entonces). El protestantismo ha desencadenado su gran ofensiva para apoderarse de la América Latina; y da dolor pensar que en ciertos lugares el número de pastores protestantes supera al de sacerdotes católicos, y esto sin añadir que el protestantismo desparrama miles de millones (yo te doy gracias Señor — quisiera decir — que no has condicionado la conversión de las almas al dinero que se gasta, sino a tu gracia; y pobres de nosotros si así no fuera).

Junto a los protestantes están los comunistas, está también el movimiento laicista, la masonería. En el Brasil, que es una parte que no atañe precisamente a España, sino a Portugal, existe también el espiritismo, que se presta a invadirlo todo. Esta es la situación. Yo os pregunto a vosotros muchachos (dirigiéndose a los seminaristas), no a vosotros los obispos, yo os pregunto, jóvenes: ¿tendríais el valor de quedaros impassibles? ¿Tendríais el valor de dar una negativa a la voz que ha sonado, no fuera, sino dentro de vuestros corazones y os ha llamado aquí?

### Urge la ayuda española

Es preciso acudir en auxilio de nuestros hermanos y añadido que, si existe un pueblo, un clero que tiene razones especiales para acudir en ayuda de la América Latina, es precisamente la iglesia de España.....

### Id a dar, más que a recibir

Dicho todo esto, después de haber recordado las palabras de aquél a quien consideramos como el más grande apóstol, no puedo menos de recordar otras palabras, las mismas de Nuestro Señor Jesucristo, que son una advertencia: escuchadlas vosotros jóvenes, repetidlas, y que el eco de estas palabras se transmita de lugar en lugar, de generación en generación, de alma en alma; pobres de nosotros si las olvidáramos, pobres de nosotros si pretendiéramos hacer apostolado no siguiendo el espíritu y la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo. Permitidme que no cite estas palabras de memoria, sino que las lea a la letra en el Evangelio que todos vosotros, aun los más pequeños, conocéis tan bien: “Jesús, habiendo llamado a sí a los otros discípulos, dijo: ¿sabéis que los príncipes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen con su poderío; no será así entre vosotros, sino el que entre vosotros quiera ser grande, sea vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, sea vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate de muchos” (Mt. XX, 25-28). Es necesario ir “in spiritu caritatis humilitatis et paupertatis”; es necesario ir más a dar que a recibir, más para bajarse que para subir, más a sufrir que a gozar, más a servir que a ser servidos, conforme a la enseñanza y al ejemplo de Jesús, que vino a los hombres a servir y a dar la vida en herencia por ellos. ¡Oh, qué hora más grande sonará para la Iglesia si un día pudiera decirse: en América Latina hay doscientos millones de habitantes (dentro de poco serán doscientos), todos unidos en la misma fe católica, todos hijos de la Iglesia; y qué gran cosa, también, para España si un día pudiera decirse que España, que había evangelizado a la América Latina, en el momento que fue asaltada por innumerables enemigos mandó a sus hijos a combatir las santas batallas de Dios, ayudó a defender la antigua fe, a conservar en la América Latina el reino de nuestro Señor Jesucristo.

(Viene de la pág. 476)

manente táctica insidiosa del arrianismo disfrazado. En todo caso eran síntoma de la creciente fuerza que la política de Constante daba a la ortodoxia nicena. Así el propio emperador Constancio llegó a autorizar el retorno a Alejandría de San Atanasio a los siete años de destierro; las sentencias de Tiro, de Antioquía y Filopópolis no fueron sin embargo revocadas.

El prestigio creciente de los defensores de la ortodoxia llevó en aquellos años a Valente y Ursacio los dirigentes más caracterizados del arrianismo extremo, continuadores de Eusebio de Nicomedia — muerto en 342 — en la dirección del partido, a retractar sus errores (en un gesto que los acontecimientos posteriores mostraron fingido) y a declarar su sumisión al Pontífice romano. En 347, a los cuatro años

de Sárdica, más de 400 obispos estaban en comunión con Atanasio. Sólo los “orientales” mantenían frente a él su ruptura tantas veces ratificada.

Pero la situación iba a cambiar radicalmente al unificarse de nuevo el Imperio bajo el poder de Constancio. La muerte de Constante — 350 — y la derrota de Magnencio — 353 — marcaron el comienzo de la época más angustiosa para los defensores de la ortodoxia. El período que separa estas fechas y la muerte de Constancio en 361 presenció las más dolorosas derrotas, aparentemente definitivas para la fe de Nicea.

FRANCISCO CANALS VIDAL  
Catedrático de Filosofía  
del Instituto “Jaime Balmes”

(continuará)

## «ES INDISPENSABLE SUPERAR LA IDEOLOGIA RELIGIOSA MEDIANTE UNA ACTIVA PROPAGANDA MATERIALISTA Y ATEA»

KRUSTCHEV

El 7 de noviembre pasado se cumplió el XLII aniversario de la revolución bolchevique. En su edición del día siguiente *L'Osservatore Romano* publicó una editorial de la que entresacamos los siguientes párrafos:

“A través de estos cuarenta y tantos años, la conciencia humana ha sido violentada en su más elemental libertad: en la de creer. Y si el sentimiento religioso todavía sobrevive y aun en determinadas ocasiones los mismos comunistas tienen interés en mostrar las iglesias abiertas y la celebración de ceremonias religiosas, no se debe ello a una mayor tolerancia o comprensión por su parte, sino simplemente al hecho de que la fe no puede abolirse en virtud de leyes, ni por la opresión administrativa. Es por eso que, en espera de que los “prejuicios” desaparezcan, puede resultar incluso útil a los fines propagandísticos y de proselitismo mostrar al viajero lo que resta o aparece de una realidad que no se ha sido capaz de destruir, y que, en los órganos competentes del partido, se considera un “escándalo” que debe ser suprimido con la mayor rapidez.”

“La realidad profunda de la “revolución de octubre” consiste en esta implacable voluntad de sustituir los valores que han regido a la humanidad durante milenios, por mitos que la árida y despiadada especulación de algunos hombres ha querido darles el taxativo valor de una ciencia exacta.”

Es por eso que — usando palabras del mismo editorial — se intenta sofocar la fe y el sentimiento religioso de los pueblos con legislaciones opresivas, con divulgaciones pseudo-científicas, con la “educación” y la propaganda, introduciendo además en la comunidad religiosa fermentos extraños de disensión que favorezcan — al menos en la intención de los dominadores — la retractación “espontánea”, la apostasía y el indiferentismo.

Respondiendo a estas directrices y casi en las mismas fechas de la celebración del aniversario de la “revolución de octubre”, ha aparecido en Moscú, patrocinada por PRAVDA, una nueva revista titulada CIENCIA Y RELIGIÓN.

Según aquel diario se trata de “una nueva arma de propaganda atea y científica para la educación materialista de los trabajadores” y, editada por el Departamento de Publicaciones de la Sociedad de Divulgación de las Ciencias Políticas y Naturales, su objeto es el de aplicar y difundir las resoluciones del XXI Congreso del partido comunista sobre “la educación del hombre en la sociedad soviética”.

La esencia de CIENCIA Y RELIGIÓN la hallamos en las palabras de Nikita Krustchev: “*La instrucción pública y la difusión de nociones científicas, así como el estudio de las leyes naturales, no dejan resquicio alguno para la fe en Dios y es totalmente indispensable superar la ideología religiosa mediante una activa propaganda materialista y atea*”.

Tales conceptos son ampliamente recogidos en el primer número de CIENCIA Y RELIGIÓN por el académico Ambarzumian y por el matemático Kukarkin en la sección dedicada al tema “El hombre, patrón de la naturaleza”.

En otra sección, dedicada a “La libertad de las religiones”, los colaboradores Valentinov y Mitrojkine, hallan ocasión para renovar los acostumbrados ataques a la Iglesia Católica afirmando, entre otras cosas, que la primera Encíclica de S. S. Juan XXIII “revela el verdadero carácter de su política, henchida de odio anticomunista, con lo que se demuestra, una vez más, la unión indisoluble que existe entre el Vaticano y la reacción internacional”.

La importancia que la aparición de una revista de propaganda atea en la URSS pueda tener como noticia, reside en la circunstancia de que constituye hoy una auténtica novedad, pues las distintas publicaciones de este tipo que allí se habían editado (“Bezboznik”, “Antireligiosnik” o “Neuland”, esta última en alemán para los teutones de la región de Karkow), fueron suprimidas por orden de Stalin, hace ya casi veinte años, al entrar en guerra con Alemania, pues se estimó prudente no soliviantar los ánimos del pueblo y de los soldados — de tradicional religiosidad — con propaganda ateas.

No deja de ser, por otra parte, altamente significativo que en pleno clima de “distensión” en la persecución religiosa — según palabras de Krustchev — se renueven en la URSS las publicaciones del tipo de CIENCIA Y RELIGIÓN.

Cabe consignar, como dato más que curioso, que los mismos propulsores de la “educación atea y materialista del pueblo” se lamentan luego por hechos que no son, sino, más que consecuencias lógicas de aquella “educación”.

Así, Vassili Kozlov, Presidente del Soviet Supremo de la Bielorusia, condenó en un artículo aparecido en “Izvezia” la ligereza observada en múltiples casos de divorcio, que atribuye a la legislación vigente en Rusia sobre materia matrimonial.

Recordemos que en la URSS, para contraer matrimonio, basta con llenar un formulario impreso en el que deben consignarse los datos personales de los futuros esposos y manifestar que desean contraer matrimonio, luego se vierten estos datos en un libro registro que firman los interesados y ya quedan éstos casados.

En apoyo de sus quejas, Kozlov cita el caso de una muchacha que, presentada a un joven el día 6 de febrero último, se casó con él el siguiente día 8 y la misma tarde de la boda dedujo demanda de divorcio.

Para hallar remedio a tal ligereza de costumbres y reforzar la institución matrimonial, el propio Kozlov apunta a una solución luminosa: exigir a los novios una espera de

seis meses para mejor conocerse mutuamente y rodear de mayor fasto y pompa la "ceremonia" del matrimonio, que la celebraría con cantos, música y bailes populares.

De no tener la cuestión un trasfondo tan grave y doloroso, sería para tomarlo a risa. Si la ocasión nos lo permite, prometemos tratar en uno o varios artículos de los problemas y vicisitudes de la Iglesia Ortodoxa Rusa durante estos cuarenta años últimos.

## CHINA

A pesar de que reiteradamente nos hemos referido a este país en nuestras crónicas, resulta punto menos que inevitable insistir, dados su volumen y alcance, en la persecución religiosa en China.

Se trata hoy de la *consagración* de nuevos obispos cismáticos y de la forma que el Estado, queriendo sustituir los ritos de la Iglesia Católica, da a tales actos.

En el rito católico, la consagración de un Obispo se inicia con la pregunta que el consagrante dirige al elegido y a otros dos Obispos — también consagrantes — que le asisten: "*Habetis mandatum apostolicum?*"; con la respuesta afirmativa se da lectura a la bula pontificia e inmediatamente se procede al examen doctrinal del nuevo Obispo.

Se tiene noticia que la Oficina de Asuntos Religiosos del Consejo de Estado ha sustituido aquella pregunta y este examen doctrinal por una afirmación "*patriótico-socialista*": *¿Has sido elegido por el pueblo? ¿Eres capaz de conducir a este pueblo por el camino del amor a la patria y de la reconstrucción socialista?*

Los periódicos chinos que publican noticias de estos sacrilegios se muestran deliberadamente imprecisos al dar detalles de la forma y condiciones de la "*consagración*", prefiriendo extenderse sobre el hecho mismo del nombramiento o del desarrollo de las reuniones de "católicos pa-

triotas", de las que surgen estas "elecciones" de obispos cismáticos.

De los últimos nombramientos de que se tienen noticia está el del *nuevo obispo* de Pekín, el religioso José Yao Kwan Yu, cuyo acto se celebró en la catedral de Nangtang.

También se ha sabido, a través del diario JIN-PAO, de Kirin, que la asamblea de "católicos patriotas" eligió "obispo de dicha diócesis" al sacerdote Wang Wei-min, quien fue "*consagrado*" en presencia de 600 católicos", de Kao San, Director de la Oficina de Asuntos Religiosos del Consejo de Estado, de Pai Shan, delegado de dicha Oficina en Kirín, y de los delegados de Changchún, Helingjian y Harbín.

El propio diario JIN-PAO, comentando este hecho, celebraba la "gran victoria conseguida en la diócesis de Kirín por la campaña anti imperialista y patriótica".

El significado de esta "victoria" aparece tanto más evidente si se considera la personalidad del nuevo "*obispo*". El sacerdote Mateo Wang Wei-min había tomado parte activa en la campaña que los comunistas desataron contra el Obispo Mons. Gaspais, hasta conseguir su expulsión. Si bien esta actitud salvó al P. Wang de la cárcel, no consiguió congraciarse excesivamente con las fuerzas estatales, ya que le obligaron a residir fuera de su parroquia, impidiéndole ejercer su ministerio y, por consiguiente, celebrar la Santa Misa. Periódicamente tenía que presentarse ante las autoridades para dar detallada cuenta de sus actos.

Esta especie de confinamiento debió durar unos siete años, pues desde 1952 nada se había sabido del P. Wang, mas ahora, inopinadamente, se le encuentra al frente de una diócesis por imposición de los comunistas.

Este de Kirín es sólo un episodio entre tantos, si nos hemos referido a él es porque refleja la violencia disimulada con que se intenta corromper a la Iglesia, a fin de que se autodestruya en las "contradicciones" y en la angustia de la traición.

A. TRABAL

## NUESTRA «CIUDAD DE LA INMACULADA»

El día 8, festividad de la Inmaculada Concepción, fue colocada la primera piedra de la "Ciudad de la Inmaculada" en Barcelona.

La presencia en nuestra ciudad de Fr. Buenaventura Raschi O. F. M. Conv. Director de la "Piccola Città dell' Immacolata" de Génova y continuador de la Obra del Venerable Maximiliano Kolbe, ha representado un poderoso llamamiento a la conciencia religiosa de Barcelona.

Schola Cordis Iesu — cuya Consagración al Inmaculado Corazón de María tuvo su motivo ocasional en la ejemplaridad mariana del P. Kolbe (CRISTIANDAD, núm. 184) — ha participado, por algunos de sus miembros, en la iniciativa de la fundación de esta "Ciudad" en Barcelona, y se ha asociado al acto con una Misa celebrada en su capilla, y una plática de preparación pronunciada por Fr. Buenaventura Raschi el día 3 de diciembre,

## MIS RECUERDOS DE DOS VIEJOS AMIGOS DE «CRISTIANDAD»

Fue hace muchos años, allá en 1932 y 1935, cuando SCHOLA andaba un poco errante entre aquellos dos locales, llenos de recuerdos, de la calle de Balmes y calle de Rosellón. Un buen día se presentaron Pedro Sáenz-Díez García y su primo Juan N. García Nieto a nuestro Padre Orlandis, con una petición no muy corriente entre comerciantes y hombres de negocios: deseaban instrucción religiosa, teológica. De ahí nacieron las conferencias que, un poco ampliadas, fueron el centro de gravedad de la vieja SCHOLA y constituyeron el inolvidable acervo de aquellos tiempos, de otra parte harto grávidos, que en España incubaba la gran convulsión de 1936 y en el mundo la II Guerra mundial, mereciendo, realmente, el nombre de «años decisivos».

Luego, pasada la convulsión, convertida ya SCHOLA en SCHOLA CORDIS IESU, apareció CRISTIANDAD y Pedro estuvo siempre con ella con amable solicitud. Dios sabe el celo que en esta obra puso y lo decisivo de su presencia. Casi todas las noches, terminada su laboriosa jornada, acudía a nuestro local con las últimas novedades editoriales para su biblioteca. En alguna ocasión, muy rara, escribió: su tema favorito, buen gallego, sobre el Apóstol, el Señor Santiago y su Sepulcro de Compostela. Pero su idea básica fue la expansión de nuestra revista en América. «España —decía— no es rica; no puede materialmente ayudar mucho a las Misiones. Pero ninguna como ella puede hacer tanto por el Catolicismo en los pueblos de América.» Cuanto se ha extendido CRISTIANDAD allí, es, bien puede decirse, obra de nuestro Pedro Sáenz-Díez, cristiano ejemplar y español auténtico, porque antes que todo se sentía misionero y soldado de Dios.

Pero al hablar de este buen amigo, mis recuerdos se van también hacia otro, igualmente inolvidable, José M.<sup>a</sup> Modolell Barba, con quien nuestra revista tiene una deuda no pagada. Falleció, hace dos años, cuando CRISTIANDAD había suspendido brevemente su publicación y por esto no pudo dedicarle un amistoso recuerdo en su muerte.

Modolell constituyó, en realidad, lo mejor del corazón de SCHOLA. Amantísimo de ella, no podía faltar a ninguno de sus actos, siempre optimista, alentando a todos con sus palabras, su desinterés y sus obras. El fue su consejero, su abogado, su limosnero e incluso, su artista: obra suya fue —de su buen gusto y de su generosidad— el altar barroco que preside nuestro local, con su tabla de la Virgen Mediana de todas las Gracias.

Binomio edificante, Modolell y Sáenz-Díez, unidos por lazos de familia, lo estaban aún más por su comunidad de ideales. Ambos constituyen un ejemplo y un estímulo para todos nosotros.

A primera vista la desaparición de hombres, modelo de apóstoles seculares, aprieta nuestros corazones que los busca con ansias. A primera vista, algo humana, porque iluminados por la fe en nuestro divino Maestro, nos sentimos robustecidos con la esperanza de que estos nuestros colaboradores, devotísimos de aquella religiosa de Lisieux, repetirán con ella en la Iglesia triunfante que su celo será hacer bien a los de la tierra, singularmente a sus queridísimos SCHOLA CORDIS IESU y CRISTIANDAD.

LUIS CREUS VIDAL

# CRONICA INTERNACIONAL

## El pacto de los siete

A fines de noviembre se firmó, por fin, el acuerdo del llamado "Libre Cambio", en Estocolmo, entre los tres países escandinavos, Inglaterra, Suiza, Austria y Portugal.

Con ello surge una nueva entidad supraestatal de tipo económico y se divide Europa en dos grupos de similares características.

Si como se prevee Grecia entra a formar parte del Mercado Común y poco después Turquía, tan sólo dos países quedarán aislados de tales agrupaciones, Finlandia y España. Dos países con economías débiles, en algún modo similares, pero de situaciones políticas muy distintas, internacionalmente hablando.

## El gran mercado europeo

Rusia con su "Plan de siete años" pretende no solamente elevar el nivel económico del país, sino evidentemente un fin político. Sería decisivo para el triunfo del comunismo demostrar que el socialismo puede superar al sistema económico occidental, en la producción internacional.

Es innegable el avance que los rusos han alcanzado en la astronáutica; con marcada ventaja andan por delante de su inmediato y único seguidor. Bien se ha visto cómo y hasta qué grado explotan el éxito para fines políticos. Un nuevo éxito en el terreno de la producción sería una nueva e importantísima base de propaganda política.

Frente a esa amenaza y ante la compenetración cada día más estrecha de las economías nacionales, sólo le cabe a Europa una defensa: El llegar cuanto antes al Mercado Europeo.

## Ni siete ni seis, dieciséis

Ante el nacimiento del pacto de los siete, y existentes ya los dos bloques, concediéndose mutuamente ventajas entre sí, pronto habrán de surgir roces y problemas.

Suecia, por ejemplo, está estrechamente vinculada por su comercio con Alemania, que representa el mayor porcentaje en su balanza de cambios. Ahora Suecia concederá una serie de ventajas y reducciones a los demás firmantes del pacto de los siete, como

Alemania se las tiene concedidas a los países del pacto de los seis. Tarde o temprano, oficial u oficiosamente, habrán de llegar a reconocerse esas mismas ventajas. Los pactos habrán sido vulnerados o automáticamente ampliados.

O los grupos creados determinan zonas estanco, totalmente cerradas, en cuyo caso todo parece indicar que una lucha sorda primero y efectiva después se producirá entre ambos, lo que complacería en grado sumo a los soviets, o el paso dado con el pacto de los siete no es sino un paso más para la plena integración europea.

Sea por pactos bilaterales entre miembros de cada grupo, como el supuesto que indicábamos de Suecia y Alemania, lo cual establecería una especie de red que enlazaría a todos los componentes, sea por pacto directo, que estimamos lo más probable, es evidente que tal como están las cosas no resta más camino racional que la unión de los dieciséis. Unidos los seis del Mercado Común, con los siete del Libre Cambio, y prevista la agregación de los otros países, al que reste poca alternativa le queda, no le cabe posibilidad de elegir ni decidir, sino aceptar lo que se impone.

## El caso de Finlandia

Rusia, que controla y domina a los países sojuzgados, llamados satélites, tras las singulares peripecias bélicas con Finlandia, creó para ese país una especie de estado híbrido, con libertad política pero con obligada sujeción económica.

El país está dividido. Los conservadores y social-demócratas de derecha, opinan que Finlandia debe adherirse, sin demora, al pacto de los siete, que vendría a ser de los Ocho, so pena de quedar aislada y perder en beneficio de sus concurrentes del Oeste, sus mejores clientes, cual la Gran Bretaña. Los comunistas y el sector izquierda de los social-demócratas son contrarios a la unión.

Queda el partido agrario, actualmente gobernante que no se ha pronunciado. El gobierno de Sukselainen viene dando respuestas evasivas, pero en realidad muy significativas, al decir que Finlandia no puede adhe-

rirse a nada que ponga en peligro su neutralidad, esto es, nada que pueda molestar a Rusia, pues de sobras se comprende que el pacto de los siete no habría de alterar ninguna neutralidad y sí, en cambio, los tratos de favor y vinculaciones especiales con el peligroso vecino ruso.

## Las tribulaciones de Nehru

Seguimos creyendo que el final más probable de la tensión chino-india será un pacto de amistad o alianza.

Pero entretanto, el idealista utópico del Pandit Nehru tiene que pasar por las amarguras de ver que una cosa es predicar y otra poner en práctica.

Quien predicaba la libre determinación para los países, la negó a Cachemira, que queriendo unirse al Pakistán, fue forzada a punta de bayoneta y con derramamiento de sangre por el pacifista Nehru a unirse a la India, lo cual luego no le impidió abstenerse de votar contra Rusia en la censura por la sangrienta represión del intento de libertad húngaro.

Quien predicaba el arreglo pacífico de las diferencias internacionales, ha tenido que ordenar la movilización y concentración de tropas en la frontera china y pronunciar, la extraña palabra en sus labios, de empleo de la fuerza para repeler la agresión.

Pero no es eso sólo lo que preocupa al Nehru. El panorama del hambre, endémicamente asociado a China y la India, sigue latente. Pese a que el Gobierno preconiza discretamente las prácticas anticoncepcionales, por los progresos de la higiene, singularmente en la lucha contra la malaria y la tuberculosis, la población que hace diez años tenía menos de cinco millones de incremento anual, en la actualidad crece a más de ocho millones de almas por año.

Con una agricultura rudimentaria y atrasada en su mayor parte, si el déficit actual puede ser cubierto por los cargos americanos, ¿qué se hará en 1966, por ejemplo, cuando el déficit de cereales para una alimentación mínima sea de más de 20 millones de toneladas, que sólo para transportarlas, suponiendo fuesen sobrantes a alguien, precisarían cinco mil barcos?

Fernando SERRANO

## ENCUESTA

# SOBRE EL VALOR RELIGIOSO DEL ARTE MODERNO

*Después de recibir el artículo del Padre Velasco, S. J., que sobre el tema del arte moderno y el arte religioso publicamos en el número anterior, nos ha llegado desde Olot la carta del señor J. Vila, llena de consideraciones substanciosas, que publicamos a continuación. La inserción de la misma, como la de cuanto se nos remita en este aspecto, no supone que nos hagamos solidarios de las distintas opiniones. Sin embargo, nos complacemos en este diálogo amistoso, del cual no pueden nacer más que nuevas luces y sugerencias fructuosas.*

Olot, 4-XI-1959.

Señor don Francisco Salvá Miquel  
Redacción de CRISTIANDAD  
Barcelona

Muy distinguido señor:

Viene a mis manos el último número de CRISTIANDAD en el cual aparece un artículo de usted y, como de usted, ponderado, de gran solera y magníficamente escrito. Y también leí el libro al cual se refiere, aun cuando, de considerarme capacitado para pergeñar una crítica del mismo, ésta hubiera sido menos benévola que la de usted. ¿No voy a molestarle si barrunto alguna de las consideraciones que despertóme la lectura de aquél? Posiblemente, abundaré en su mismo criterio.

Ante todo, una pequeña observación: tengo pésima memoria y el libro lo adquirí en abril. De paso por esta ciudad, no lo traigo entre mis papeles y de ahí que, posiblemente, mis referencias no lleguen a ser enteramente exactas. Aproximadas, sí.

Creo recordar que en la segunda o tercera carta de las dirigidas a un cura escéptico sobre arte moderno, viene a decirse que poco importa que el arquitecto de un templo sea o no creyente. La afirmación—de ser así—me parece gratuita. Por si no fuera un templo la casa de Dios y, muchas veces, una oración hecha piedra, como mínimo debe tender a la creación de un ambiente de fervor y de recogimiento y a llenar unas necesidades litúrgicas. Y, ¿cómo puede lograr unos tales propósitos quien esté ausente de lo que es un templo, de lo que significa y de lo que sirve? No basta la realización de un ideal artístico más o menos logrado. El arte—y más el religioso—es trascendente y así, por ejemplo, varias de las realizaciones de Le Corbusier, con entusiasmar a los "dilettanti" de los últimos snobismos, han hecho fruncir el cejo del episcopado. Serán muy agradecidos para ellos el templo caracol o el templo seta, no ha mucho planeados por aquel arquitecto, pero uno y otro tienen de iglesia como yo de turco.

En otra de las cartas viene a sostenerse que los templos "ancien régime" no casan con las necesidades actuales. Fueron obra de príncipes o para clases acomodadas, reflejando una estructura social y político-religiosa, muy distinta de la de hoy. Las multitudes huyen de los dichos templos. Una tal afirmación así genérica, ¿no es demasiado rotunda y exagerada? Que la sencillez sea preferible—de ordinario—a lo recargado; lo sobrio a lo meramente rico; que el buen gusto—y mas el actual—tienda a la simplicidad; que muchas veces el fárrago y la ostentación sean contrarios a la comodidad y hasta a la conveniencia, es cierto y no lo discuto. Pero, asimismo, tengo por tal que el "pueblo" cristiano siempre ha distinguido perfectamente lo que es para Dios de lo que es para los hombres, sin que le susciten envidias o le muevan a escándalo la grandeza de los

templos y catedrales, o los esplendores del culto. ¿Quién no recuerda la enorme afluencia del verdadero pueblo, a basílicas tan ostentosas como las de Loyola, Montserrat y el Pilar, para ceñirnos a unas cuantas de nuestra España? ¿Con qué afán, en villas y poblachos, los humildes, el pueblo, no aportaron su óbolo y su trabajo manual para la erección de sus templos parroquiales, con tanto y mayor entusiasmo en cuanto la obra a realizar les parecía más soberbia? Se dirá y con sobrada razón que ahora no puede construirse una catedral de Reims o un San Pedro de Roma a cada cantillo y que lo mejor sería enemigo de lo bueno ya que, para lograrse una mayor difusión del Evangelio y un mayor auge de la vida cristiana, se necesitan templos, muchos templos, en los cuales ha de prescindirse—dado el costo de las obras—de lo que buenamente se pueda. O sea que la sencillez no sólo puede ser un imperativo del buen gusto, sino que una exigencia de la necesidad. Pero no vayamos a hacer de la hipótesis, tesis, ni a tachar de inadecuados los templos existentes, a base de dividirlos en dos categorías como las viviendas protegidas—unas para económicamente débiles y otras para las clases más elevadas—, o a base de estimar, implícitamente, la clausura de las iglesias que no reflejaron la extrema simplicidad que se propugna. De concesión en concesión y sin más miramiento que el de ese fervor que podríamos llamar democrático, es muy fácil que vaya a adoptarse un criterio que ya había sostenido Judas: "Ut quid perditio haec"? También él se escandalizó en nombre de los pobres, del dispendio que representaba verter un precioso unguento de nardo en la cabeza del divino Maestro.

Casi, seguidamente, el autor de las cartas añade que, así como en la primitiva Iglesia se adoptó para sus templos, la estructura de una basílica romana dedicada a la administración de la Justicia, así, en los modernos templos, podría o debería adoptarse una estructura popular, muy del día: La de un garaje, de un cine (por supuesto que de arrabal, para no escandalizar a la pobreza), de una nave de fábrica, etcétera. Con sólo una cruz para distinguir la iglesia de las restantes casas, basta. Ni que decir que los tales conceptos me son enteramente extraños. En primer lugar, si todo ello se propugna por devoción al pueblo o para atraerle al buen redil, comienza por ser inexplicable que los países incluso de la democracia popular, destinen al pueblo (o al llamado pueblo) edificios de la mayor prestancia, como parlamentos, ministerios, oficinas y escuelas. Por lo visto, sólo el catolicismo, con dedicar sus templos a Dios, ha de seguir una tónica diversa. En segundo lugar, quede la democracia para

la sociedad civil. La Iglesia es jerárquica desde su raíz y lo son sus templos con relación a los demás edificios. Una iglesia no es una casa más. Lo es de Dios y, con referencia a las restantes, es la casa, la coronación de todas ellas, el símbolo de su cohesión, representa a Cristo reinante sobre el núcleo urbano. Precisamente por ello, las catedrales y parroquias se erigen en el punto culminante del caserío. ¿Es que "pro bono pacis" hemos de olvidar la soberanía de Cristo? ¿Qué tristeza no causa la perspectiva de una ciudad, con tantas fábricas y rascacielos como se quiera, pero sin un campanario que se aflore sobre el perfil de su silueta! ¿El dios Mammón ha triunfado del Dios Evangelio! ¿Con tantas invocaciones al pueblo, no vamos a propugnar por una fe vergonzante? Si no es posible nada más, habilítese en buena hora y para iglesia, una casa parecida a las restantes o más humilde todavía. Cristo hubo de refugiarse en un pesebre. Pero en forma alguna puede ser aceptable que la sociedad moderna y llevada por un neo-misticismo de última hora, en obsequio a la soberanía de Aquél le ofrezca ahora un garaje. Acaso porque la tracción de sangre ha sido sustituida por los vehículos a motor. ¡Con una cruz, basta! Y, en último término (y abrevio para no cansar a usted ni abusar de su bondad) la Iglesia adoptó la estructura que le pareció más adecuada al culto litúrgico. Ésta ha formado tradición y el culto mismo se ha adaptado a la propia estructura. ¿A qué romper, radicalmente, con el pasado, como si cuantos pontífices nos han precedido, fuesen unos ignorantes? En el fondo, creo que no existe más que un afán morboso de novedad. El mundo está hastiado y el ideal del arte moderno no es otro que el de propugnar por lo inédito, aunque se incida en la mayor extravagancia. ¡A qué continuar una tradición de siglos y más siglos, y a qué continuar la erección de templos, v. gr., de planta cruciforme, si una seta o un caracol ofrecen la posibilidad de idear una construcción no imaginada por nadie!

¿Y en cuanto a imaginaria? Ya dice usted algo acerca del particular, en el que estoy plenamente conforme. Hemos llegado a un extremo tal que si el nuevo arte no llega a casar con el culto, éste ha de subordinarse a aquél. El fondo a la forma. La finalidad a la estructura. Hasta el Crucifijo ha de minimizarse para que no desentone. Quizá mañana sean los sagrarios o los altares o lo que sea. No importa. Incluso vi una iglesia—que prefiero no mentar—en la cual se prescindió de los mismos elementos tectónicos. Los plásticos queden ya para otras edades caducadas. Puertas torcidas, rasantes convencionales, planos y líneas que producían vértigo..., ¡pero era tan nuevo; Es decir, nuevo no lo era. Se trataba de una imitación pésima de una magnífica iglesia (obra del arquitecto madrileño M. Fisacs) y que, en bastantes detalles, hubo de ser corregida, porque la gente se mareaba. Por lo visto, hemos llegado a un tal grado de espiritualidad y de ilustración religiosa, que ya nos sobra la iconografía, cualquier representación plástica y nos basta un garaje o cubierto. En breve, con unos cuantos signos

geométricos, parecidos a los atribuidos a los Templarios, sobremos recitar todos los pasajes de la Sagrada Escritura. Como el soldado del cuento que meditaba la Pasión de Jesús, contemplando las cartas de la baraja: El as de bastos, la Cruz. El tres de espadas, los clavos. El as de copas, la de hiel y vinagre, etc., etc.

Si me oyera el autor de las cartas, diría que soy un retrógrado y que me perezco por el neogótico o por los edificios ñoños de algunas capillas de monjas. Y, en esto, erraría por completo. De dirigir la construcción de una nueva iglesia, procuraría seguir, en lo posible y en una línea media, los cánones en uso, adaptados en un todo a las necesidades litúrgicas y a la comodidad de los fieles. Como, de haber nacido en el siglo XVI, no me hubiera empeñado en construir en ojival y, si en el siglo XIII, en románico. Cada cosa en su tiempo y los nabos por Adviento. Por otra parte, la nueva técnica y los nuevos materiales de construcción son muy distintos de los que emplearon nuestros abuelos y sería vano empeñarse en viejas estructuras que, ahora y con aquella técnica, resultarían falsas. Pero entre seguir una línea ecléctica y aceptar, a ojos cerrados, muchos de los actuales desvarios, media un abismo. He visto iglesias de cuño modernísimo, sumamente logradas. Y no solamente en el extranjero, sino que aquí mismo. Una de ellas en Gerona, la iglesia parroquial de San José, no terminada todavía por lo que afecta al presbiterio. Simple, sencilla, esbelta, acogedora, adecuada a su uso y de la que no ha debido proscribirse una discreta iconografía. Pero, a la vez, señera, dominante, con el empaque y jerarquía que le corresponde, y con su torre que parece amparar a la feligresía. ¡Ay del día que las iglesias no hayan de distinguirse de los garajes, más que por el esquemático signo de la cruz que las identifique! De la sombra a las catacumbas no hay más que un simple paso y por lo menos yo, y mientras el Señor me conserve el juicio, no voy a postrarme de hinojos ante las desorbitadas corrientes modernas, porque—remedando a un eximio orador—los dioses falsos del llamado—quiméricamente llamado—arte puro, hayan sido entronizados en el Capitolio de los teóricos o teorizantes de la moderna crítica.

Creo que el libro del señor Valverde está escrito con la mejor intención y me cumple hacerle justicia. Es más, si por un verdadero imposible hubiese habido de actuar de censor (ni soy moralista, ni teólogo, ni sacerdote), en cuanto a mí me parece, podía ponerse el "nihil obstat". Pero esto no es obstáculo a que el dicho libro induzca a alguna confusión y hasta creo haberla observado en alguna que otra persona que lo ha leído. Los errores, a veces, son tan sutiles que se filtran por las paredes como los convidados del Tenorio. Y he observado que las medias verdades o verdades a medias son las más temibles.

Perdone del latazo, si es que ha tenido la paciencia de leerlo, y mande a su afmo. s. s. q. l. e. s. m.,

J. VILA



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero - 1960

**GENERAL:** Conocimiento del deseo del Corazón de Jesús por la unión de los Cristianos.

**MISIONAL:** La unión de los cristianos orientales separados con la Iglesia.

## MIRÓ Y EL ARTE ABSTRACTO

La exposición de Miró surge ante nuestros ojos parpadeantes como una doble sugerencia: una impresión viva, eficaz, saludable y un poco orgiástica de color; además, un misterio, un enigma, algo que uno no acaba de explicarse y que nos deja temblorosos o soñolientos.

El arte abstracto, concretamente el arte de Miró, es posible que sea una realidad, valiosa como todas las realidades, pero que ha sido desquiciada, deformada o arrancada de su centro por la corriente social, por una ufanía, un entusiasmo, un *snobismo* o una moda. No diré — libreme Dios — que haya que discutir el valor artístico de la obra de Miró. El juego de luces y colores, por atizado y extravagante, por curioso y arrítmico que pueda parecernos, tiene ya por sí solo un valor altísimo.

Pero sospecho que el mundo actual, en crisis de valores, está jugando un poco a confundir los campos, enmarañar las cosas y sacarlas de su sitio. Cada cosa tiene un lugar preciso. Desde siempre, desde que el mundo es mundo, el arte abstracto ha tenido su lugar.

Sería infantil, sería un juego de desconocimiento o de absurda petulancia, pretender que lo abstracto en el arte ha sido una aportación de los nuevos tiempos. Existe lo abstracto en el mundo del arte desde que existe la decoración. Los vasos de la civilización crético-micénica, las ánforas y los frisos griegos, nos ofrecían ya muestras logradas de una decoración abstracta.

Arte abstracto, o pintura abstracta, como se ha venido a decir, es, en realidad, arte, pintura que carece de tema; arte, pintura, que incide sobre nuestra alma a base de formas puras, de puras explosiones de color, de belleza desnuda, sin la menor relación con la realidad humana.

Este decorativismo, por regio que hoy se nos antoje, no ha de ser considerado como un descubrimiento reciente. No está de más que remachemos el clavo. Siempre, al lado de lo sustantivo, de lo que tiene un fin en sí mismo, ha existido un arte adjetivo dotado de la misión benéfica de completar una armonía con menudos, con pequeños y sutiles parpadeos de luz, de color o de belleza.

Pero no hay que confundir el juego con el monumento, o el bosque con la tela de araña. Hay aquí, en esos cuadros de Miró, zonas coloridas, mágicas de luz, de sensaciones entremezcladas. Pero es dudoso que el entusiasmo que podamos sentir por lo sutil nos permita elevar una realidad por

encima de su propia esfera. El derecho a crear, en una palabra, un mito.

El color, la luz, incluso la movilidad, elementos valiosos de la pintura, no son toda la pintura. El fallo no está en la misma obra del artista: el error está en presentarla ocupando un lugar que no le pertenece, como si al friso le confundiéramos con el templo o al ánfora con las negras figuras que se tienden sobre su lomo.

Quiero decir que mucho de lo que hemos venido a llamar pintura, considerando aún que se trata de la más excelsa pintura de nuestra hora, se queda en menos que pintura. Se queda quizá en aquel abstracto clásico, que nunca pretendió pasar de decoración. Hay cuadros de Miró que me parecerían estupendos para decorar una tela o unas alfombras — y conste que en esto no pongo el menor acento de ironía —. Pero la perfección de lo adjetivo exige mantenerlo en su pasividad, sin concederle un prestigio de arte humano, poderoso y logrado.

No creo, por lo demás, en la deshumanización del arte. La deshumanización del arte puede conducirnos a eso: a confundir un fenómeno artístico adjetivo con una realidad de primera línea; a formas emparentadas magníficamente con todas las señales de crisis y decadencia de una civilización.

También — digámoslo sin más rodeos, sin titubear — en la idolatría social ante una obra se descubre uno de los signos de descomposición de nuestra época. Es subversión poner en lo alto, en el lugar cimero, lo que es sólo adjetivo, abstracto, adorno y decoración; pero lo son, asimismo, los intentos de primitivismo y de deformación. Todas las formas de estólida e infantil ingenuidad; formas precivilizadas, que nos sugieren estertores agónicos, formas en que parece descomponerse toda llamarada de ideal y de humanismo.

Surgen mágicamente, extrañamente, las fantasías sin redondear, fruto de extrañas nubes, de ácidos que se posan sobre los ojos, temblor de negros caballitos monstruosos, de pupilas, de muñecos a medio formar, estructuras grotescas como glóbulos de fiebre delirante.

Y todo esto, elevado por el *snobismo*, por el afán de autodestrucción, a un plano casi divino, casi celestial, rubricando el fracaso de una época sin alas ni esperanza, con un aplauso desenfrenado a todo lo que traiciona nuestra estirpe de profunda raigambre cultural.

## TICIANO Y VENECIA

Acabo de leer el volumen del escritor italiano Dario Cecchi "Tiziano y Venecia", traducido con gran maestría por José María Valverde (1). Después de referirme a las cabriolas más audaces de la pintura moderna, no puedo menos que sentir un verdadero sobresalto al evocar la figura

de aquel gran pintor, de aquel notable retratista de la escuela veneciana.

Venecia, como la evoca acertadamente Cecchi, aparece en esta obra como una explosión de vida y de vocación artística. Claro que no todo acaba aquí. El Renacimiento,

que lanzaba al hombre en una búsqueda orgullosa de sí mismo, lo dejó caer sobre las más cenagosas caricias de los sentidos. Venecia, en este aspecto, constituyó en la época del Renacimiento un verdadero carnaval en que todos los sentidos hallaban su regalo, las más de las veces oscuro e inconfesable.

De esta manera el realismo absoluto que Cecchi se ha propuesto — seguramente para comunicar al lector el ambiente de la época — para su evocación de la ciudad de los Dux, llega a menudo a expresiones descarnadas que hacen que esta obra no esté al alcance de toda sensibilidad. Las personas cultas, formadas, particularmente los especialistas, hallarán un provecho de la lectura de esta magnífica biografía, que no debe ponerse en manos demasiado inexpertas y demasiado jóvenes.

Una evocación desnuda del Renacimiento oscuro puede provocar incluso una impresión de profunda belleza. Como aquel capítulo en que Cecchi, evocando los caminos por los que podía rodar encenagada una sensibilidad, traza el bullir de los vicios más torpes en la noble ciudad henchida de bellezas, una evocación, como he observado, que puede turbar a algunas almas.

Lo más sustancioso de esta biografía es el logro perfecto en la fusión de los dos mundos estéticos y reales de que se compone el género. Se ha hablado mucho, desde que algunos lanzaron su cómodo anatema contra la biografía como creación de género híbrido. Se ha dicho, con auténtica irresponsabilidad e imperdonable desparpajo, que toda biografía que intente realizar una creación de belleza en la presentación del protagonista y de su ambiente — como si al

escritor no le bastara con compilar y copiar los montones de fichas — constituye una agresión a la misma seriedad histórica.

Me permitiría invitar a estos idólatras del documento frío a leer esta obra de Cecchi. Dario Cecchi no se ha echado a temblar ante la decisión de construir su obra sobre los fundamentos auténticos y apasionantes de la misma vida. La documentación, manejada con sagacidad, cumplida y abundantemente, no tiene por qué matar la vida del personaje y de su ambiente.

La historia, en lo que tiene de más auténtico y de más verdad, no debe ser la recopilación de datos helados, gratos al erudito; sino una verdadera resurrección. Se hace historia, no cuando el escritor se limita a decir lo que pasó, sino cuando se evoca con un lienzo que vuelve a tener calidades de carne y calor de sangre fluente bajo la piel.

Venecia en el Renacimiento aparece en este libro viva. Ya he dicho que quizá demasiado viva; de tan viva, descarnada. Escenas como las de las dos pestes, aquella en que muere Giorgione y la que ocasiona la muerte del mismo Tiziano, son cuadros de un dramatismo absoluto y una excepcional intensidad.

Sin embargo, no por haber echado mano el autor de todo el poder volcánico de su fantasía, es esta obra menos histórica, menos historia. Por el contrario, lo es todavía más: porque historia de una ciudad, de un hombre, o de una época, no es su presentación en forma triste y sucinta de catálogo, sino su evocación a pinceladas rabiosas de nervio y de resurrección.

Francisco SALVÁ MIQUEL

## COR IESU\*

Los PP. Bea, Hugo Rahner, Rondet y Schwendiman, sacerdotes jesuitas, con la colaboración de peritos jesuitas y no jesuitas, han editado esta serie de estudios sobre diversos aspectos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tal como ha sido expuesta e ilustrada por Pío XII en su encíclica "Haurietis aquas".

Puede afirmarse que es ésta la mejor obra publicada hasta el presente sobre la materia. Responde a la ardiente exhortación hecha por el Sumo Pontífice Pío XII en el excelente documento. Los Pontífices anteriores León XIII y Pío XI, aunque teniendo ante los ojos la doctrina toda sobre el culto del Sagrado Corazón, no obstante desarrollan solamente algunos puntos sobre él: así la encíclica "Annum Sacrum", de León XIII (25 mayo 1899), expone principalmente la naturaleza, la importancia y el fruto de la Consagración hecha al Divino Corazón.

Pío XI, en la encíclica "Quaes primas" (11 diciembre 1925), si bien en el fondo coincide con la "Annum Sacrum" de León XIII, tiene con todo más amplitud. Porque, prescindiendo de lo referente al tratado de la nueva fiesta de

Cristo Rey, toca en ella un punto nuevo, la naturaleza del Reino de Cristo, y expone más extensamente los bienes que se siguen de admitirlo plenamente.

El mismo Pontífice, en la encíclica "Misericordissimus Redemptor" (8 mayo 1928), trata sobre todo de la teología y de la práctica de la "reparación" o "expiación" con la cual el hombre pecador, acudiendo al Corazón misericordioso del Divino Redentor, implora perdón y gracia. Pero Pío XII, en la encíclica "Haurietis aquas", tiene un objeto mucho más vasto que sus antecesores, es decir, presentar una exposición sintética y completa de la teología del misterio del Corazón Santísimo de Jesús y del culto a él debido, teniendo, al mismo tiempo, cuenta de las objeciones y dificultades que, aún hoy, acá y allá, se levantan contra el culto del Divino Corazón. La tesis fundamental de la encíclica va desarrollándose en sus diferentes aspectos: el amor de Dios, que se manifiesta en el Antiguo Testamento, en el Evangelio, en la vida terrestre del Salvador, en la Sagrada Eucaristía, en la Iglesia y en sus Sacramentos, en la vida gloriosa del cielo. Luego el Pontífice trae una compendiosa historia de este culto desde el tiempo patristico hasta nuestros días y muestra la excelencia de él. Termina exhortando a difundir y practicar más y más esta devoción y describiendo sus frutos para los particulares y para la Iglesia, especialmente en los presentes tiempos.

Como se ve, la materia tratada en la Encíclica es muy

\* *COR IESU*, Commentationes in litteras encyclicas Pii P. XII "Haurietis aquas", quas peritis collaborantibus ediderunt Augustinus Bea, S. J.; Hugo Rahner, S. J.; Henri Rondet, S. J.; Friedr. Schvendiman, S. J. — Herder, Roma, 1959. Vol. I, 780 págs. — Vol. II, 661 págs. 24 cm.

vasta y sublime, y así se entiende bien que cada punto de ella invite a un profundo estudio científico de la verdad y de los hechos con frecuencia apenas apuntados en breves palabras del documento pontificio.

El fin, pues, del libro que presentamos, no es otro que éste: ofrecer tales estudios compuestos por autores competentes, cada uno en su campo científico. Abarca el libro tres partes principales: la teológica, la histórica y la pastoral. La primera consta de veinte monografías; las otras dos, de catorce. Se insertan tres índices: uno, de textos de la Sagrada Escritura; otro, de personas y cosas, y otro, de autores. Toman parte en la redacción eminentes escritores de diversas naciones. No pretenden hacer un comentario propiamente dicho de la encíclica, ni tampoco un estudio completo de la devoción al Sagrado Corazón; solamente quieren desarrollar de modo científico algunos puntos principales contenidos en la Encíclica de Pío XII. Bueno es notar que cada uno de los colaboradores ha elegido libre-

mente su tema y lo ha expuesto según su propio entender, de suerte que no siempre coincide con los otros, aunque nunca en las afirmaciones principales: hecho que reviste gran importancia.

Era deseo de los autores ofrecer la obra como homenaje a S. S. Pío XII, de santa memoria, en el sexagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, pero el fallecimiento, unos meses antes, del Padre Santo, impidió tan piadoso propósito, aunque no la realización de la excelente obra.

Los trabajos están escritos en diferentes lenguas, si bien abundan en las lenguas francesa e italiana; tres son de españoles, PP. Aldana, Solano, Criado, S. J., cuyos títulos respectivos queremos traer aquí: "Tres Encíclicas Pontificias sobre el culto al Sagrado Corazón. Su objeto y su carácter". "La Santa Misa y el culto al Sagrado Corazón. Estudio teológico-patristico." "Los símbolos del amor divino en el Antiguo Testamento."

La presentación tipográfica excelente.

José M. MURALL, S. I.

#### NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

# CRISTIANDAD

La Dirección General de Correos y Telecomunicación ha establecido la división de Barcelona en Distritos Postales. Rogamos a nuestros suscriptores, corresponsales, anunciantes y amigos que al dirigirse a nuestra revista consignen las señas en la forma siguiente:

CRISTIANDAD. — Dirección y Redacción: Lauria, 15, 3.º - BARCELONA 10 (España)

CRISTIANDAD. — Administración: Diputación, 302, 2.º - BARCELONA 9 (España)

De esta manera la correspondencia llegará a nuestro poder más rápidamente.

Barcelona, diciembre 1959

# TRINXET

SOCIEDAD ANONIMA

FABRICA DE TEJIDOS DE ALGODON

Cien años de calidad

Vía Layetana, 97

Teléfonos 22 87 51 - 21 04 11

BARCELONA